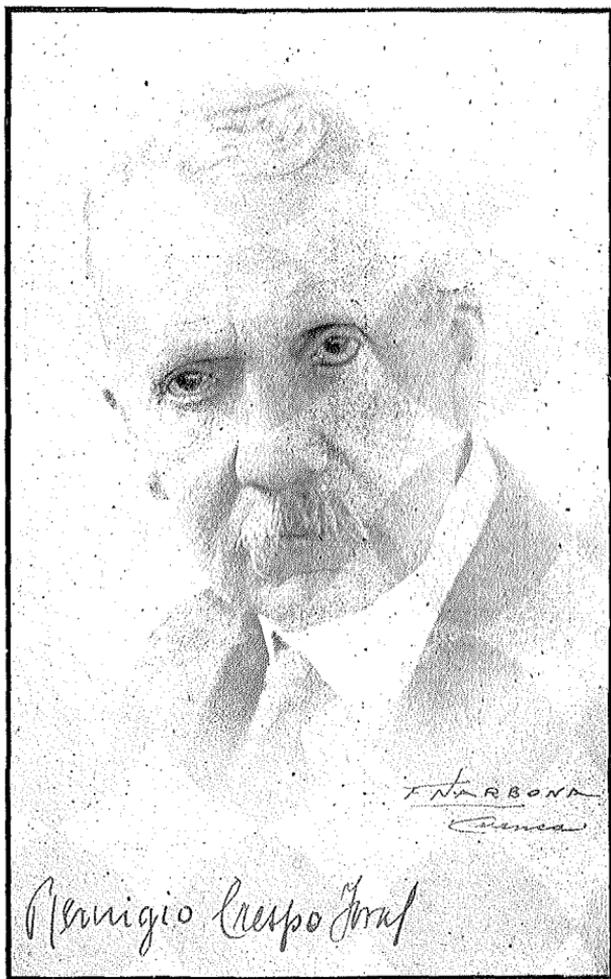


PLEGARIAS



860-1:2(866)
C919

PLEGARIAS

POESIAS RELIGIOSAS

DE

REMIGIO CRESPO TORAL

Miembro de la Academia Ecuatoriana
Correspondiente de la Española



QUITO-ECUADOR

«EDITORIAL ECUATORIANA»

1934

0000338-J

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 0103	ANO 1988
PRECIO	CONVENCION X

ES PROPIEDAD

Casa editora «La Prensa Católica»
Quito - Ecuador.—Apartado 266

9876543210

ALGO ACERCA DE POESIA RELIGIOSA

El gran Sarmiento, admirable en todo lo que atisbó en los diversos campos de la cultura, dijo: «La poesía, para despertar,—porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano—, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empieza el mundo ideal.» (*Facundo*).

A la religión sin el arte le faltaría algo para sus más brillantes manifestaciones de vida. La pintura, la música, la arquitectura, la escultura se incorporan al alma religiosa, y se compenetrán en la liturgia—homenaje artístico de la criatura al Criador. Una religión iconoclasta, helada, puritana decapita al *animal religioso*, que definió un conocido escritor católico.—El arte se ingiere en el sentimiento religioso, en el culto, en los símbolos rituales, en las elevaciones sobrehumanas, en la adivinación ascética, en la visión suprasensible, en



la quietud mística de la unión del alma con Dios.

En el sector glacial de la indiferencia y la incredulidad, el alma *naturalmente cristiana*, que dijo un gran apologista de los primeros siglos, pudo confesar con Lafcadio Hearn: «No lo hemos conocido aún, pero pronto llegará el día de reconocer que la más alta expresión de la poesía es la religión y que sus sacerdotes son los verdaderos profetas y educadores.»

Desde la infancia de las letras, la poesía y la religión han avanzado paralelamente; y el imperativo divino, sea conforme a la revelación de la verdad, sea dentro del politeísmo antropomórfico, ha seguido manifestándose a los hombres, para encadenarlos a la eternidad. De suerte que nunca pudo separarse la ética de la estética, en el proceso de desarrollo del entendimiento, para la soberana unidad de los componentes de la civilización.

La poesía de la Biblia, desde la cósmica y estupenda del Génesis, hasta el idilio evangélico y la tragedia de la Redención, recorre las jornadas todas de encumbramiento artístico: el poema de la peregrinación de Moisés; el grandiosamente lúgubre del penitente de Idumea — el de los apóstrofes sublimes del dolor, inmenso como el desierto, poema cuyos gritos hallan eco en las estrellas y remueven el fondo de los abismos —; los episodios épicos o agrarios de esplendorosa sencillez; los cuadros de las costumbres inocentes y de los

límpidos caracteres—Tobías, Ruth, Esther; la epopeya heroica de los Macabeos; las figuras prevalecientes—David, el lírico de cumbre, Salomón, el sabio de toda sabiduría; el lienzo gigantesco en que el relámpago ha trazado las profecías del Reino de Dios; la elegía de los castigos y los himnos de rehabilitación; todo lo que se cierra con la cálida e irresistible palabra de Pablo, y con la suprema evocación del Verbo de Dios, en Juan—el de los espantables anuncios del ciclo apocalíptico.

En los imperecederos poemas greco-latinos, los dioses intervienen en los sucesos, señalan los fastos y las mutaciones de la astronomía, presidiendo los destinos de los pueblos, tanto como las mareas y las convulsiones de la tierra. Para los Númenes se enciende el fuego del hogar y de las aras propiciatorias, ellos dan nombre y vida a las estaciones y animación a la naturaleza, transformándola por el sentimiento y la imagen, impresión del alma en el mundo sensible.

La poesía arranca, en su raíz, del alma; el alma con sello de divinidad, es inmortal, se siente inmortal y se encamina a la inmortalidad. Es la poesía universal, trascendental, única, no como la de Lucrecio, que cubre de oro un esqueleto y dispersa en el vacío las lumbres del estilo.

El Cristianismo infundió en el arte el espíritu nuevo, la sorpresa ante el misterio, la alegría de la abnegación, la dulzura de la misericordia, la espiritualidad en las relaciones,

la dignificación femenina y la castidad sentimental.

Se había de ir más allá. El Medievo engendró la leyenda caballeresca, la casi idolatría de la mujer, el símbolo y la mitología de la naturaleza con insólitos y valientes recursos; surgieron las hadas, las heroínas, los juglares, los paladines, todo ello en torno a las catedrales góticas, que gallardamente enderezaban sus agujas al cielo, y junto a los cenobios, donde las virtudes escondidas y el heroísmo de la cruz prendían en el ambiente llamaradas de divino incendio.

Antes y después, la poesía evangélica, la de abolengo hebraico, ensayaba ritmos no aprendidos y libres, formándose de este modo los idiomas y las literaturas modernas, primeramente en un latín—llamado bárbaro—mas nutrido de savia y fuerza espiritual, y luego en las lenguas romances, hasta culminar en la diafanidad celeste de San Bernardo, San Francisco y los poetas de su familia espiritual, y en la magnífica arquitectura del Alighieri—pórtico su poema divino de la ingente poesía del gran porvenir.

Otros espíritus excelsos habíanse atrevido ya a penetrar en el alcázar recóndito de lo que podía llamarse la poesía pura, la de las alas aquilinas, la de Ramón Lull, la de Judah Leví, la de Ausías March. . .

El Renacimiento, el de tendencia puramente pagana, trajo la regresión—en buena hora a las formas impecables de la bella anti-

güedad; mas para desvío de la corriente que fluía del divino Jordán del Evangelio. El arte que logró triunfar sin posible rivalidad en las catedrales góticas, en las tercinas de Dante, y quizás hasta en las gestas del norte, en los Nibelungos de Germania, en la Canción de Rolando y en el Poema del Cid, torció el rumbo, en retroceso, resucitando las fábulas de la civilización muerta, para idolatría de la forma, anormalidad sexual revestida de púrpura y oro, predominio de la fuerza e imperio de la pasión en todas sus manifestaciones de desequilibrio.

Contra aquella degeneración rugió el ímpetu de Savonarola, predicador indomable de la restauración de Cristo en las costumbres y en las letras. El demandó un arte nuevo, el que había de lograr la victoria, después que al gran vidente le devorase la hoguera a que la incomprensión circundante le condenó. «Hay — escribió — una falsa clase de pretendidos poetas, que no aciertan sino a seguir servilmente a los griegos y romanos; invocan sus mismos dioses, y con sus mismas palabras. Nosotros somos tan hombres como los antiguos, y hemos recibido de Dios la facultad de dar nombre diferente a las cosas que de día en día se mudan. Esos pretendidos poetas han llegado a tal término de constituirse esclavos de los antiguos, que no aciertan a decir nada que antes no se haya dicho. Lo cual no solamente es falsa manera de componer poesía, sino verdadera peste para la juventud.»

Era la misma predicación de San Gregorio de Nacianzo, que descalificó a los dioses, con la crítica vigorosa del arte nuevo, es decir, del que procedía de Cristo y había de triunfar con Cristo.

Este arte resistía vigorosamente a la invasión del Renacimiento malsano; y aunque casi vencido en las disciplinas de la palabra, triunfaba en otros sectores. En la pintura sobre todo, llegaba con Miguel Angel, Ticiano, Rafael, Pablo Veronés, y los maestros españoles y flamencos Velázquez, Ribera, Murillo, Rubens y tantos otros a cumbres de sublimidad y perfección que no serían superadas jamás.

La poesía, en el Renacimiento italiano de extensas prolongaciones a otros países; en el gran siglo francés, en los albores románticos de Alemania, aunque no prescindiese del espíritu evangélico indestructible por su perenne fecundidad, no correspondió al empuje primero de los magnos siglos de formación de postimerías de la Edad Media.

Que la poesía cristiana había de reanudar su curso detenido por el Renacimiento retrospectivo y por la Reforma helada e impenitente, debió esperarlo la cultura occidental, cuyo arte hubo logrado supereminencia en Dante, en el libro de la Imitación de Cristo, en los himnos angélicos de la escuela Franciscana, en la iluminada Catalina de Siena, en Enrique Suso, en las disquisiciones místicas de Germania, en los poemas populares de Irlanda, en la

maravillosa poesía hebraico-española, en la doctrina máxima de León Hebreo, en los sublimes diálogos del Beato Ramón Lull.

Así con lentitud y contribución de varios elementos, correspondientes a diversos orígenes, fué tomando realidad y vigor el arte cristiano, cuyos trazos preliminares quedaron señalados por los gigantes del pensamiento católico, los Padres y Doctores griegos y latinos hasta San Agustín, San Isidoro y Santo Tomás—puentes indestructibles para ligar las dos riberas de la civilización, la antigua y la moderna.

La poesía española—inferior a otras en aspectos de menos elevación religiosa—, sobresalió en la mística con los líricos de más potencia y sutileza: San Juan de la Cruz, Luis de León, Santa Teresa..., hasta llegar a los «Idilios y cantos místicos» de Verdaguer en el siglo XIX.

Escasa relativamente la prolongación del arte cristiano, vencedor en la pintura, también en la escultura, en la arquitectura y en la música, y casi vencido en las disciplinas de la palabra y principalmente en las elevaciones espirituales. Esterilidad la de Italia, para llegar en siglos desde la «Divina Comedia» y la «Jerusalén», hasta los «Himnos Sacros» de Manzoni y los «Idilios» de Páscoli. En Francia, desde Corneille y Racine, hasta Chateaubriand y las leves centellas dispersas en Lamartine y en la magna selva de Hugo, habrá de esperarse el final del siglo XIX y el XX, para



llegar a Laprade, Francisco Jammes, Claudel, Le Cardonel, Péguy.

En Inglaterra, aparte los himnos litúrgicos del Libro de Preces del culto nacional, el alma altamente lírica de las Islas Británicas, de Shakespeare, Gray, Byron, Tennyson y de cien colosos más del númen épico y dramático, no se ha vaciado ordinariamente en el cauce de las aguas de salud, sino en forma de iridiscencias episódicas. Prevalece, sí, el «Paraíso Perdido» de Milton, poema que deriva de la fuente incontaminada del Génesis. Después de los tumultuosos arranques del Romanticismo, la espiritualidad artística emprendería jornadas de restauración, merced al movimiento inolvidable de Newman y sus colegas, a quienes excedería, en hechizo de inspiración, el dulce Guillermo Faber, y, en calor de sentimiento natío, el vertiginoso Francis Thompson.

Alemania, matriz de la Reforma, olvidaría presto el precedente de Klopstock, para presentarse, con ínfulas triunfales, las de sus caudillos del genio y de la filosofía, Goethe, Schiller, Kant... jefes de una falanje invasora en tierras de la tradición cristiana. Resultaría de segundo orden la obra de los románticos Brentano, Goerres, Werner...

Así la inspiración procedente del ideal religioso, ha venido recorriendo en la Europa, primogénita de la cultura, apenas un sendero de relámpago, dejando, tras una tregua de luz, amontonadas las sombras.

En nuestra América, quizás en el Ecuador, el arpa ha dado más sentidos acordes. De Colombia, adelantado de las letras, quedan las poesías del patriarca Ortiz y de Belisario Peña, al que puede considerarse también gloria del Ecuador, en el que hizo la siembra y la cosecha de su nobilísima inspiración.

En los demás países sudamericanos, en Cuba, legítimamente española, por sus damas de letras prevalece, y sobre aquellas, la creyente y simpática Avellaneda.

La Virreina Méjico se honra con la fama de Sor Juana Inés de la Cruz, que en el claustro practicó la ciencia de amor, tomada de la inextinta vena de la patria de Teresa de Jesús. Hasta los albores del siglo XX, endechó en ese gran país otro casi místico, profundamente espiritual y sentimental, Amado Nervo.

No mencionamos a los vivos, sino a los muertos ilustres. Cuántos han rimado a las puertas del santuario o dentro de él, con ritmo de oración: Miguel Antonio Caro, Juan León Mera, Rafael Pombo, Julio Zaldumbide, Honorato Vázquez, Federico González Suárez, Julio Matovelle, Miguel Moreno. . .

Los viajes, como régimen pedagógico, el imponderable adelanto de la geografía, la celeridad de las comunicaciones, el acercamiento de los pueblos, mediante el comercio, la cultura y la fraternidad internacional, han producido el intercambio de letras hasta con países remotos y heterogéneos, la India, Persia, el Japón, la China, las regiones bárbaras

del Africa misteriosa y de los archipiélagos polinésicos. El estudio comparado de las religiones, que tanta extensión ha cobrado en las últimas décadas, nos ha aproximado al estudio de las literaturas orientales sobre todo, cuyas teogonías dominan en ellas con absoluta soberanía.

Principalmente, respecto de la India, Herman Keyserling llega a apuntar que ella ha llegado al más alto grado de sabiduría y espiritualidad; aserto muy discutido, si se consideran las realidades de la comparación con la cultura del Occidente, que arranca de la cepa hebraico-cristiana.

A esto se añade, en última hora, la acción heroica de Mohandas Gandhi, caudillo de su patria, cuyas vislumbres e iluminaciones parecen hacerle digno de la doctrina y la práctica de la Cruz.

Aquellas excelencias y virtudes también de lo Alto provienen, y no se explican por la evolución antropomórfica, tan socorrida en la ciencia positivista. La inspiración divina llegaría también a los hombres y los países de otras razas, sujetos como estamos todos a la legislación natural y al gobierno de Dios.

Entre la multitud de adeptos de buena fe que abundan sin duda en aquellos cultos, han aparecido ejemplares de incontestable virtud, cuyos hechos y dichos perduran en la tradición y en los documentos. Recuérdese a Ramakhishna, Brama de Bengala, uno de los más respetados representantes de aquella ex-

traña civilización, que tanto admira Kipling, nó quizás por su sanidad, como por su rareza.

En los numerosos libros de aquellas naciones, se registran cuadros, poesías, plegarias de singular hermosura, tales como las del «Canto del Bienaventurado» (Bhagavad Gita).

Nadie ha influído más que Tagore, autor principalmente de Jitampali (Ofrenda de los cantos), cuya poesía de tiernas expansiones y de suprema elevación, ha logrado trasfundirse en el alma europea, esterilizada por la política del interés y el egoísmo del negocio, y comunicarle algo de calor espiritual y dulzura del amor, que se acercan al de la santidad mística de los héroes y solitarios del Cristianismo.

Ilimitado horizonte el que se promete al genio artístico que utilice el tema religioso: las escenas bíblicas, épicas y campesinas del gran Libro, la inefable ternura que fluye del relato evangélico, el hechizo de su profundo sentimiento de la naturaleza, la nítida sobriedad de las parábolas, la vitalidad y frescura de los retratos — ello sobre el fondo sobrenatural de figuras y paisajes diseñados en el lienzo de los cielos. Luego las leyendas hagiográficas, las empresas y abnegaciones de la misericordia, de la castidad y de la obediencia, las gestas del valor, la contemplación, la meditación, la oración, lo introspectivo e ilimitado del alma, las intimidades místicas que acaban en el anonadamiento, en el ensueño inefable, en la velada a las puertas del paraíso.

La cantera está aún por aprovecharse en

gran parte. Su raíz va al fondo, y la superficie abarca toda la extensión de la vida, la de aquí y la de allá. El poema triple, el divino poema del Florentino, comprende todo lo que promete el arte cristiano, para un universo de poesía, apenas esbozado, con ser tanta y tan varia la obra de los genios en todos los tiempos y en todos los países.

La grandiosidad de los temas subyuga quizás a quienes anhelan realizarlos. El ideal religioso rompe el vaso en que se intenta aprisionarlo, y muy pocos aciertan a salvar los lindes, más allá del mar incógnito que orilla lo imposible. El respeto a tan excelso ejercicio, cohibe el atrevimiento del que carece de remos para navegar en los aires superiores. La travesía del numen por muy pocos ha sido descubierta, en esas regiones de la segunda y la tercera atmósfera del espíritu.

*
* * *

No obstante medir y pesar la grandeza del empeño, me aventuré en él, tantas veces, intentando traducir mis piadosas efusiones, sin otro fin que darles salida en la palabra y sobre todo en el verso, forma usual y preferida en todo tiempo para expresión del sentimiento de la fe y la apelación de la plegaria, en las mudables faces de la existencia, atormentada por tan profundos dolores, sobre todo del alma...

Como tributo de elección de mis cansados años, he recogido estas PLEGARIAS. No se hallará en ellas el artificio de originalidad preconcebida, pero tampoco el calco de ajenas obras, por más que ellas sobrepasen a cuanto pudiera dar de sí mi pobreza de ingenio. Los temas se me han insinuado por sí mismos, no los he requerido, ni la imitación me ha tentado a seguir por sus fáciles senderos.

Al afirmar estas declaraciones, ¿padeceré engaño? Bien puede ser; pero no será falsía mi sinceridad, hermosa desnudez del alma, que se manifiesta ante las demás con el nítido ropaje de la naturaleza.

Estos versos — en parte publicados — comparecen hoy en colección, en días de tibieza de la creencia, en la cerrazón de noche que nos envuelve y apena. Pero esta misma desolación despierta el cantar — como lo adivinaba Sarmiento, y la poesía acaba en clamor — el del inolvidable Rubén Darío, cuya intimidad se nutría en la aspiración sobrehumana:

¡Señor, que la fe se muere,
Señor, mira mi dolor!
Miserere, miserere,
Dame la mano, Señor!

El poeta, a punto de naufragar como Cefas en el lago, se acoge al milagro y a la mano del Salvador que rige la barca en la travesía de las almas.

En mis dos primeros años de colegial, se insinuó la pasión poética, con el estímulo de las canciones escuchadas a mi madre, y luego con los versos de devoción cantados en la iglesia y las coplas inocentes del campo y de la calle. La poesía en el libro no llegaba aún.

Recuerdo que la travesura de mi atrevimiento inicial en estrofas de arte menor fué dedicada al santo mancebo Luis Gonzaga. En el colegio de Jesuítas, donde hice mis estudios preliminares, la seducción del angelical adolescente inició en mí el despertar poético en forma rítmica. Antes, sobre helado tema clásico, había compuesto unos dísticos latinos, en obediencia al mandato del profesor. Se comenzó por la arqueología literaria, según reglamento de preparación.

A poco, estudiada la prosodia—remate de la disciplina gramatical, nuestro maestro don Tomás Rendón, que sustituyó en el aula, entre otros, a los doctos Jesuítas, después de anticipar el regalo de traducir las *Bucólicas* y *Geórgicas* de Virgilio, nos encariñó con los Himnos de la liturgia eclesiástica. La amplitud de criterio del insigne humanista saltaba así, de la perfección clásica, a las sencillas cadencias de la poesía cristiana, si no límpidas de forma, en cambio aromadas de sentir y de elevación sobrehumana, hasta arribar a las cimas del pensamiento y de la emoción de las efusiones eucarísticas de Santo Tomás, en las devotas estancias de Paulino de Nola, en las elegías heroicas de Prudencio Clemente.

Las lecturas iniciales enderezan casi siempre la vocación artística e influyen en la dirección de la vida del espíritu. En la masa blanda de la niñez y de la adolescencia, el elemento exterior se imprime definitivamente.

De esta manera, con espontaneidad y sin pretensión alguna, iba germinando en el campo de labor intelectual, al par de otras semillas, la fresca, la incontaminada, de la poesía de piedad y de fe. En cuadernos de ensayo, condenados casi todos a perecer por voto de su autor, se rescataron, con «LA ORACION DEL CAMPO», otros romances y endechas que van en las primeras páginas de este libro: BELEN, EL ANGELUS, ANOCHECER, EN MARCHA, PASCUA DE SANGRE, que corresponden a la labor primera, y se incorporan a la obra total con enmiendas de redacción que el respeto a la forma artística requería. Esa labor posee, en cambio, la ingenuidad sentimental, la súbita impresión del paisaje, la sinceridad, sin añadiduras retóricas, ni intención de publicidad.

En el retiro campestre, donde también se sintió MI POEMA, la dulce poesía del alba y de la tarde, a la aparición de las primeras estrellas, la plegaria ascendió desde el fondo del alma, arrancando también de la naturaleza, al calor de la compañía de las niñas y los niños del campo y al amor inocente de las aves y los rebaños. En la penumbra desfallecía el poeta aprendiz ante las riberas de lumbre del horizonte, que eran, en su adivinación, las del cielo.

Casi todos los versos de aquella alborada de la vida—los no entregados a las llamas—perduran en las páginas de EL REGRESO, donde alguna vez surgirán al sol de la publicidad, tal vez para quemarse a su calor y reducirse a lividez de ceniza...

Y seguí adelante. No me habría aventurado en la persistencia del empeño, si a ello no me hubiesen inclinado maestros y directores. Julio Matovelle me insinuó en *El Liceo* que él presidía, dedicase mis ensayos al tema religioso. Para estimularme, mandó a estampar en litografía unos pliegos con el título *La Madre Mártir*. En esos pliegos debía yo estampar las estrofas de amistoso encargo. El maestro no arrancó a mi silencio los deseados versos, que nunca acerté a mostrarlos.

¡Oh, Madre del Salvador!
¡Oh, Santa Virgen María!
Cuando nacía tu amor,
también tu dolor nacía...

Eran los versos del congregante de la Inmaculada, a la Dolorosa del aula, la Madre Mártir. Ellos tienen aún vergüenza de salir a luz...

Advenida la juventud, mi hermano Cornelio, con la suavidad suya que importaba mandato ineludible, obtuvo que escribiese yo MI POEMA, que hizo él imprimir en más que modesta edición. Fueron los pañales para un recién nacido, que apenas los merecía.

Entre cantos cívicos e innumerables divagaciones en todas las sendas de poesía, he llevado la carga de los años, no olvidando jamás la oración en ritmo, por menguado que fuese, a manera de ofrenda cotidiana al Padre celestial, al Señor Jesús, a la Virgen María, a los Angeles hermanos, a los Santos y Escogidos, a las vidas humildes y a las vidas sacrificadas. Sobre las haces de heno de mis estrofas, he querido prevalezcan las modestas flores de mi devoción, que las arranqué del campo y que deseo florezcan cabe mi tumba.

Las PLEGARIAS completan mi faena de poesía religiosa, dispersa fragmentariamente en otras colecciones, casi todas inéditas. La nobleza del propósito justifique o excúse por lo menos las caídas y deficiencias de la composición.



La edición débese a la «Editorial Ecuatoriana» y a solicitud del Reverendo Padre Melchor Becerra, su Director. He consentido la publicación después de consulta al docto amigo e insuperable humanista y letrado de magistral amplitud en la apreciación de todas las corrientes literarias, R. Padre Aurelio Espinosa Pólit.

Se ha dicho muy bien que el oyente hace el discurso. Así mismo, podrá observarse: que el lector hace en cierto modo la obra. La lectura de mis borradores encomendada al Padre Espinosa me ha movido a la publicación. Con indulgencia del discreto amigo, y descartando el inmerecido elogio, quiero in-

cluír en estas páginas las impresiones que dos de las poesías de mi adolescencia han suscitado en la sensibilidad del sutil artista y crítico.

«Cuando por vez primera leí ANOCHECER— me escribió el P. Espinosa—instintivamente me detuve en la cuarta estrofa, como si nada pudiese añadirse después de aquellos versos magníficos:

me parece que alumbra la ansiada
ribera del cielo.

«En efecto, me hicieron las dos últimas estrofas la impresión de una amplificación no solamente innecesaria, sino que desvirtuaba la mágica sugerencia de las cuatro primeras.

«Lo que en éstas había visto era la conmovedora expresión poética de una escena simbólica que más de una vez había tenido yo ocasión de observar en mis viajes por mar. Va uno navegando de noche, hastiado quizá de la penosa travesía y ansiando la llegada al puerto. Desde alta mar, en la espesa oscuridad en que todo, olas y cielo, se confunde, aparece de pronto en muy remota lejanía una línea de vagas lucecillas; y, sin más, exclama uno alborozado: ¡tierra! La tierra aún no puede distinguirse, pero esos faros lejanos anuncian su presencia. Así en las tinieblas de la noche, las estrellas son los faros que nos revelan la ribera todavía invisible del cielo, el puerto ansiado, al que nos encaminamos en la travesía de esta vida...

«Quizás estoy desvirtuando el pensamiento genuino del poeta, pero confieso que me conmovió esta idea de ver en las estrellas los faros anunciadores de la “verdadera tierra”, el cielo...»

.....

«BELEN.—Una cosa hace este romance para mí particularmente interesante. En sí mismo es lindísimo, un primor cada uno de sus versos, algo verdaderamente digno de Valdivieso, Góngora o Lope de Vega. Estudiado de cerca, descubre su perfecta identidad en las ideas, en las imágenes y en el sentimiento con el primer soneto de «FACIES CHRISTI», HOSANNA (1). —Tenemos aquí un caso auténtico de *agon* en una literatura moderna, *agon* de un poeta consigo mismo—poeta adolescente y poeta en la más fecunda madurez. Por ésto, si no es indiscreción, le rogaría que fechase, por lo menos aproximativamente BELEN (2). Hallo además en la comparación de estas dos composiciones, el romance y el soneto, una comprobación palpable y concluyente de la doctrina propugnada en el Cap. II de «Virgilio» (3), sobre la incompatible coexistencia de ciertas bellezas que mutuamente se excluyen. El candor y suavidad divinas de BELEN no está en HOSANNA; la profundidad

(1) Hállanse las dos composiciones respectivamente en las páginas 23 y 93.

(2) ¿La fecha?—1886. [*Hosanna* es de 1929].

(3) Virgilio. El poeta y su misión providencial por Aurelio Espinosa Pólit, S. I.

hondamente conmovedora de HOSANNA no está en BELEN. Si me lo permite, quisiera aducir y citar este ejemplo en la segunda edición de «Virgilio».

.....

*
* * *

El libro PLEGARIAS, más bien que a la literatura, se incorpora a la vida devota, producto en veces de exigencia ocasional y en otras de fusión piadosa en horas de meditación, de penitencia, de ocultas lágrimas vertidas en la quietud resignada del creyente.

Jóvenes poetas, levitas que lleváis pendiente del hombro el arpa sagrada, cantad en el templo y en el atrio, no sólo los motetes del antifonario y los himnos de la liturgia. Inva- did triunfalmente los espacios inconmensurables de la fe, que completa la naturaleza y sacia la infinita sed de las almas.

Remigio Crespo Toral.

Marzo de 1934.

PRIMERA PARTE

LA ORACION DEL CAMPO

Señora de las montañas
y Reina de las praderas,
desde el trono de la aurora,
mira este rincón de tierra.
Es hermosa, pero frágil,
su pálida primavera.
Tuyas son todas sus flores;
ella canta tu pureza;
y para ti es el tesoro
de sus cálices de seda,
y el oro de sus estambres,
y de su dulzura el néctar.

* * *

¡Ay del capullo, que está esperando
la flor! ¡Ay pobres tallos de yerba,
que el sol de estío tuesta, que pisán,
indiferentes, monstruos y bestias!
¡Ay de los gérmenes, que abren el broche,
recién nacidos, sobre la tierra!
¡Ay de esos hijos, que estrecha al seno
la buena madre naturaleza!
Las tempestades sobre ellos pasan,
la luz los hiere y el sol los quema.
Ruedan sobre ellos las aguas, luego
a los profundos mares las llevan.



¡Reina del campo, mira a esos hijos,
que nutrió tu hija naturaleza!

* * *

Las mustias flores de la campiña,
cuál se desmayan sobre la gleba;
sus deshojadas corolas lanza
el viento loco sobre las sendas.
Esas corolas que a tus altares
castos perfumes llevar pudieran,
Madre bendita, que no las pisen:
en los jardines se queden muertas;
no escarnio sean del torbellino,
que alza y revuelve las hojas secas;
junto a las ramas donde nacieron
tornen al polvo sobre su tierra.

* * *

Están llorando las tórtolas
en el fondo de las sierras,
el gorrión plañe en la noche,
la golondrina se queja,
el solitario, en la aurora,
su angustia a la aurora cuenta.
Hoy van, Madre, mis plegarias
por las aves, que tristezas,
hambres y nostalgias sienten...
Madre, conoces sus penas.
Lloran porque de los trigos
mano airada las ahuyenta.
¡Que los niños no deshagan
el nido de sus ternezas!
¡Que nadie, muertas, las lleve

a la campesina mesa!
en el alba y en la tarde,
la salve te canten ellas...

* * *

Los corderitos del monte
bajan cuando el lobo acecha.
¡Ay de esos copos de nieve,
que los gramales blanquean!
¡Que no los tiña la muerte
con la púrpura sangrienta!
Llévalos, santa Pastora,
por escondidas veredas;
los apacientes con flores
sobre las húmedas yerbas;
con tu cayado de rosas
a sus rediles los vuelvas.
Como tu Hijo, ellos son mansos,
y al sacrificio se entregan...
¡Que no los vista la muerte
de su púrpura sangrienta!

* * *

¡Ay de los niños del campo!
los pies entierran
en el polvo, en la zarza
de las veredas.
¡Pobrecitos! del huerto
la fruta acechan.
Tienen hambre los niños
de nuestra sierra,
tienen frío esos hijos
de la pobreza.

Sueñan con las manzanas
que colorean,
y lloran porque ansían
la fruta ajena.
También por esos niños
que no te rezan,
va a ti la oración triste
de tu poeta.

* * *

Las doncellas, lavando en la orilla,
charlan, cantan, sueñan:
y no saben que mata el deseo,
que el canto es tristeza --
la tristeza de amor, que es herida
que nunca se cierra.
Y ellas te aman y nombran, María;
y tú les enseñas
idioma de rezos,
ritmo de ternezas.
Cuida tú de esas flores que aroman
tu altar de la iglesia;
y para ellas criaste el hechizo
de las azucenas.
Son tus flores, tu huerto, tu estancia,
vasos de inocencia;
de tu manto la santa blancura
guarde su pobreza.

* * *

Oh Madre, que las rocas
vistes de seda,
y plantas tus pensiles

en las laderas,
visita el camposanto
frente a la iglesia.
A que tú les libertes,
allí te esperan,
los muertos. Si visitas,
Madre, las huesas,
brotarán flores blancas
sobre la yerba;
pues eres de las tumbas
la primavera.

* * *

Y a este poeta que rima y glosa,
que, en su montaña, contigo sueña,
concede el ritmo de las canciones—
amor del cielo para la tierra.
Sea su lira voz de su patria,
su queja, de almas hermanas queja;
y sus cantares a lo futuro
vayan como olas a la ribera,
coñ sal de vida, con flor de espuma,
a espirar juntas sobre la arena,
do las aguardes, sobre la orilla,
del campo Estrella, del cielo Estrella.

MAS ARRIBA, MAS ALLA

Con la inocencia de un niño
que no acierta, que no sabe
donde el ideal comienza
y acaban las realidades,
lo desconocido anhelo,
ansío el ala de un ángel
que a lejanías me lleve
de los mundos estelares.

¡Ah! déseme—día y noche—
en los murmullos del valle,
en la secreta armonía
que vaga en los alisares,
en la suavidad del alma
adormecido encantarme,
con la ceguedad del niño,
con el ensueño del ángel.

* * *

Sombra del paterno techo
mi alma quieta, que está en pena,
de contemplación ansiosa,
hablando con las estrellas...
Espíritus me acarician,
siento sus alas ligeras,

y en mí fluye oculta fuente
de melodía secreta—
acorde divino y eco
del ritmo de las esferas.
Adormecido en los brazos
de inmaculada belleza,
a la luz de un sol de oriente,
hincada la áurea saeta
al pecho, gozo la herida,
que es divina y es eterna.

* * *

En espiritual encanto,
a solas con lo infinito
como al maternal regazo,
como en el valle natío,
quisiera vivir las horas
del pajarillo en el nido,
sin la fiebre de la gloria,
del placer sin el delirio,
ingrato a fortuna loca,
a sus lisonjas esquivo,
para, cantando y rimando,
llegar hasta el paraíso,
con la santidad del ángel
y la ceguedad del niño.

EL ANGELUS

Al toque de oraciones,
algo divino siento,
que me arranca a la tierra
y me devuelve al cielo.

Las primeras luciérnagas
esmaltan el sendero.
Del saucedal las ramas
sacuden aleteos:
son alas que se pliegan
para íntimos secretos.

Al solemné gemido
de la campana, trémulo,
las alas del espíritu
me llevan lejos, lejos,
por estrelladas rutas,
por cumbres de misterio.

Y cuando abate el ave
en las pajas el vuelo,
y la cabeza oculta
en las plumas del pecho,
mi alma no se recoge
en la quietud del sueño:
ella sacude el ala

para ascender al cielo,
a donde van con ella
los altos pensamientos,
en viaje de encanto
por ignotos senderos—
los de la luz que llevan
a la paz del misterio,
do, en lo infinito, jÚntase
la tierra con el cielo...

ANOCHECER

Cuando el sol tras el monte se apaga,
y el crepúsculo dice silencio,
y amortajan las nieblas el valle,
del sol para el duelo;

de la tarde en la breve agonía,
cuando gime en las pencas el viento,
còmo faros, se encienden en lo alto
trémulos luceros.

A la luz de esos astros, velada
por la gasa sutil del ensueño,
otra tierra feliz adivino
de paz y misterio.

Y con rumbo a la patria soñada,
una estrella—mi estrella—a lo lejos,
me parece que alumbra la ansiada
ribera del cielo.

LA ERMITA DE LOS ANDES

Más allá de la floresta,
por sobre la pradería,
al arrimo de una cresta,
de la alta sierra bravía,

con cántos que los volcanes
arrojaron de su seno,
al soplar los huracanes,
se hizo, de paja y de cieno,

el ara de las alturas,
que tiene el mágico encanto
de las grandes hermosuras,
de lo sublime el espanto.

En la gigante montaña,
Ella, la aldeana, habita,
bajo una tosca cabaña:
¡es la Virgen de la Ermita!

Un copo de blanca lana
han puesto en sus manos—Ella
hila desde la mañana.
La buena y santa Doncella

hila para los pañales
del Niño que en Nochebuena,

de los campos celestiales
vendrá—botón de azucena.

La Virgen es montañesa,
y pobres harapos viste.
Tiene la humilde pobreza
del páramo árido y triste.

El viento en el musgo trina,
canta el andino arroyuelo:
es la salmodia argentina
que del monte sube al cielo.

Tendido el pastor sencillo,
tras el escaso ramaje,
el trémulo caramillo
sopla con aire salvaje...

¡Oh Señora de los Andes,
habitas en la aspereza
de estas calladas y grandes
cumbres donde el cielo empieza!

Son viandantes y pastores
tus devotos, tus hermanos,
y los cóndores—señores
del viento—tus cortesanos.

De pobres paños vestida,
Reina de las soledades,
ves la nada de la vida,
y el rodar de las edades.

En el llanto de las fuentes
y el destilar de las rocas,

la turbulencia no sientes
de las multitudes locas,

que en la oscura gemonía
de las ciudades, abajo,
desmayan en la agonía
y el suplicio del trabajo.

Para ellas sea la tierna
gracia de tu bendición,
para ellas el agua eterna
de tu dulce compasión.

LA VIRGEN DE LA ESCUELA

Cuando llegué a estudiante,
sedújome gentil sabiduría,
y mi alma adolescente, en la distante
Grecia y en Roma espléndida, vivía.

Me abrió la vieja edad su grande escena:
los muros de Ilión, el soberano
furor de Aquiles, la perenne Elena
y de Edipo el arcano.

Las rosas su corola
abren al sol, sangrienta:
sangre de Adonis que, en purpúrea ola,
en los estambres húmedos revienta.

Se hincha la blanca espuma
como azucena abierta,
y mal velada, en la movible bruma
del mar, la diosa del amor despierta.

Eneas lleva el corazón troyano
al Lacio. Bajo rústicos alares,
el gran pueblo romano
el templo eleva de los dioses Lares.

El Mantuano la hazaña
canta de Roma, anuncia su grandeza,

y el arte enseña, y huye a la montaña
do su ciencia le da naturaleza.

Tulio de la elocuencia la cascada
suelta; y—coro de dulces ruiseñores—
es la estrofa de Ovidio enamorada
rauda explosión de ritmos y colores.

Mientras adusta lira cortesana
Horacio pulsa en vigoroso trino,
celebrando la gloria ciudadana
y el lustre y nombre del honor latino...

Pero aquellas volubles hermosuras
a la noche sombría
huyeron en tropel: que en las alturas,
te alzaste como el sol ¡santa María!

Al asomar la luz por el oriente,
eras tú la sonrisa de la aurora;
te saludaba el cielo floreciente
y el vago viento con la mar sonora.

Cuando del monte en la nevada espalda,
el sol se hundía entre arboles rojos,
recibías al sol sobre tu falda,
y le dabas la lumbre de tus ojos.

Luego, hollando la luna,
surgías de la linde de los mares,
y después encendías, una a una,
en el espacio, estrellas a millares.

De zagala vestida,
presidías la iglesia de la aldea;

y niños y doncellas, en sentida
trova, clamaban: ¡Que bendita sea!

Y sobre un haz de rosas y de helechos,
al resplandor de cariñosa vela,
¡imán de nuestros pechos!
eras la humilde Virgen de la Escuela.

¡Trino de rezos, coro de plegarias!
¡Oh mística ascensión a las alturas!
¡Madre, en las cuitas del saber diarias,
derramabas la miel de tus dulzuras!

De tosca tabla era el altar, al velo
de tu dosel el tiempo los colores
robó... Pero tú amabas, como el cielo,
esa mansión de niños y de flores...

Cayó tu altar. El aula, como nido
sin pájaros, quedó muda y desierta;
y en las ruinas el viento con gemido
canta hoy la dicha muerta.

Al camposanto fueron
cuántos de aquel hogar de adolescentes;
y los ensueños místicos huyeron
allá, cual gilguerillos inocentes.

Y hora, en las soledades,
huérfana mi alma a lo pasado vuela;
y, náufrago de tantas tempestades,
torno a tus pies, ¡oh Virgen de la Escuela!



BELÉN

El recién nacido
sonríe en las pajas.
La Madre lo mira
detrás de sus lágrimas:
oro la cabeza,
las mejillas nácar,
las manos dos lirios,
los pies rosas blancas.

Mas lo ve su Madre
tendido en las pajas:
el lirio está rojo,
que en sangre se baña;
las rosas se cubren
con puntos de grana;
y púrpura tiñe
la frente de nácar.

Ofrendas le trae
la rústica granja;
reyes sus tesoros
rinden a sus plantas,
con preciosas gemas
y aromas de Arabia.

Mas piensa la Madre,
que sobre las pajas,
un cadáver se unge
con bálsamo y lágrimas;
y mira que sobre
las rústicas tapias,
súbita y sangrienta,
la Cruz se destaca,
que en la inmensa escena
de la edad en su alma—
ya sobre la cuna
surge solitaria.

¡Fiesta de suspiros,
de amor y de lágrimas!
El Niño sonrío,
mas la Madre calla.
Mientras de los cielos
atruena el hosanna,
adentro profundos,
gemidos estallan.

Y cuando se escucha
la canción lejana—
¡Gloria en las alturas
y paz a las almas! —
llanto de los cielos
como fuente mana,
ya desde la cuna,
ya desde las pajas,
donde el blanco lirio
se tiñe de grana,
y las azucenas
se cubren de lágrimas...

EN MARCHA

*Exspecta Dominum, confortetur cor
tuum*—Salmo XVI.

¡Adelante en la arena del camino,
bajo el fuego del sol, o de la escarcha
al hielo repentino!
Avanzar es nuestro único destino...
¡Valor y audacia, corazón! y ¡en marcha!

Raza de águila somos. Para el vuelo
el ala se hizo, cual de acero, fuerte.
Es nuestra toda la extensión del cielo...
¿Por qué aguardar, en infecundo duelo,
la súbita acechanza de la muerte?

Que no somos de aquí, que a breve cita
llamados, un instante,
la majestad sentimos infinita
del mundo, que febril se precipita,
también como nosotros, adelante.

Que no somos de aquí, que nuestro paso
apenas en la senda rastro deja.
En rápido descenso hacia el ocaso,
llegamos. Roto de la carne el vaso,
el alma a nueva plenitud se aleja.

Y la vida no acaba,
y es vano atrás volver con turbios ojos.
El alma enferma, del pasado esclava,
rebélase a morir en lucha brava;
se abraza aún del cuerpo a los despojos.

Pero de lumbre el ojo está sediento,
oír gustamos alta melodía,
seguro va a la altura el pensamiento,
de la emoción nos estremece el viento
y— espíritu sutil—la poesía.

Se tiñe la remota lontananza
con las níveas primicias de la aurora.
¡Hacia la meta, corazón, avanza,
hasta donde te lleve la esperanza
que nunca engaña, porque a Dios implora!

Para los ojos la primera fuente
de los divinos rayos matinales,
y luz para la noche de la mente,
rosas de juventud para la frente
y a nuestra sed los puros manantiales.

Si atados vamos a mortal cadena
y esclavos somos—mas de Dios esclavos—
si hasta los bordes llena,
apuramos la copa de la pena;
¡podemos ser aún grandes y bravos!

Bravos, los que en la lucha cotidiana,
vencerán al dolor, los que cubiertos
hoy de sudor y sangre, irán mañana,
levantando la testa soberana,
por sobre los vencidos y los muertos...

Espíritu inmortal que nos sustenta
empuja y rige la segura planta;
y, con mirada escrutadora, atenta
a explorar lo infinito, nos alienta,
y a otros vastos cielos se adelanta.

La gracia fluye, fuente no extinguida;
purpúrea nube el universo cubre:
la sangre de Jesús, raudal de vida;
y su faz a la estirpe redimida,
en el silencio y la quietud, descubre.

Y la familia tuya
a tu ciudad de paz llegue. No vaya
forzada a ti, Señor! No tiemble y huya,
y el alma que le diste restituya,
al llegar a tu golfo y a tu playa.

¿A qué parar, a orillas de la senda,
a interrogar lo incógnito? Vinimos
a luchar y vencer con la contienda.
La humanidad en su inquietud comprenda,
que del dolor, más para el bien, nacimos... *a/*

Lid requiere la espada,
sombra la luz, el blanco la saeta.
Busque el río la mar ilimitada,
el pez el agua, el ave la enramada,
y el alma a Dios— su inevitable meta. *Leónidas*

Vamos hacia El—al centro del sistema—
de las almas verdad, vida y camino
y lumbre y plenitud, cumbre suprema,
do se descifra el inmortal problema
del humano destino. *oro*

Alegres y cantando,
vamos adonde el puerto nos espera.
No tornemos los ojos, sollozando...
¡Sacra orilla, salud! El aire es blando,
nuncio de la perenne primavera.

Allí el caliente nido,
como el nido de infancia del ensueño,
do en la paz del olvido,
regalaránse el alma y el sentido
con música, a la sombra de su Dueño...



PASCUA DE SANGRE

Jesús para el banquete del Cordero
a los suyos congrega. La vigilia
será—la del supremo sacrificio
y su locura de pasión.

Se inicia
el sacro culto. . . ¡Testamento triste,
postrera despedida!

El misterio inefable
se anuncia, se adivina.
La majestad arcana
desciende de las cumbres infinitas;
pues el pan se ha trocado
en manjar de la vida,
y el vino en sangre, misteriosa sangre
de la sagrada víctima.

Los cielos y la tierra
para adorar se citan;
y cuando los amigos, en el vino
y el pan, sienten del cielo las delicias,
allí, frente al Señor, como serpiente,
Judas acecha, y en el fondo mira
de su rencor. . . Que el vino no le enciende,
que el pan del Sacramento le atosiga. . .

Sus ojos algo inquieten;
sonríe— ¡qué sonrisa!—
el pan de la promesa
y el vino de la vida
revuélvense en la boca del maldito,
entre heces de saliva.

En tanto, cual de un astro moribundo,
la mirada tranquila
de Jesús ríela encima de esa frente
que el infierno calcina,
y descubre en los labios
que el furor mancilló, la sangre tibia:
la de Jesús — Maestro, Amigo, Hermano,
vendido a la codicia.

* * *

Lánzase afuera el delator. El Santo
a orar en la montaña se encamina

Cubre sudor sangriento
sus carnes en el trance de agonía.

Es la hora de la sombra.
El Señor se adelanta. Va la víctima
a entregarse al verdugo
con un beso. . . Tendría
el beso aquel el delicioso aroma
del vino de la vida.

* * *

Abrió sus fauces el antiguo abismo,
logró Satán su envidia.
Del árbol de la cruz, — Hostia sangrienta —

el Justo, el sin mancilla,
pende, vencido al yugo de la muerte:
colmó el infierno sus voraces iras.

Súbita noche entenebrece el cielo,
en sus ejes vacila
la tierra, que rasgando sus entrañas
al terror agoniza.

Trémulas las estrellas,
luto visten. La luna, en niebla, inclina
sus tocas de viuda y la mortaja
de duelo tiende sobre las cenizas
de la montaña del dolor.

El árbol

de salud y de vida
fruto de sangre—eterna cruz—ha dado
en esta tarde de holocausto.

* * *

Encima

de una oscura barranca, hirsutas ramas
de otro árbol—un espino—en la sombría
soledad se destacan... Hacia ocaso
la luna el disco inclina,
pálida derramando
polvo de lumbre en valles y colinas;
y descubre, en el fondo de una grieta,
a un condenado que en la rama oscila.
Es el traidor, verdugo de sí mismo.
Suelta la lengua lívida,
entre espumas de sangre y de ponzoña
heces del vino del amor destila.

Ese árbol — esqueleto de la selva —
¡qué fruto dió esa noche! . . . La maldita
raza de Adán otro Caín ha dado,
engendro de sus iras.
Satán, el padre de la humana fiera,
sonríe— ¡qué sonrisa
la suya, al ver deshechas las entrañas
del monstruo, que a la brisa matutina,
menguado fruto de dolor y culpa,
con vaivén lento y espectral oscila!

EL LIBRO SANTO

Al Sr. Carlos Terán Zenteno

¡Oh mi evangelio santo, libro bendito
en que conmigo, a solas, siempre me encuentro;
el libro de las almas, donde está escrito
el principio y la meta—círculo y centro!

Cuando sobre esos folios por mi roídos,
do quedan de mis llantos antiguas huellas,
van otra vez mis ojos humedecidos,
arden ante mis ojos nuevas centellas.

Son las divinas chispas del áureo foco
de Jesús, que és dechado de la hermosura,
que por la cruz fué sabio, fué sabio y loco,
y nos dejó la herencia de su locura.

¡Bienhadados los tristes, y bienhadados
los pobres, los humildes! ¡Ventura extraña
de promesas y dones que fueron dados
en el código santo de la montaña!

¡Felices los que han hambre de la justicia,
y felices los mansos, feliz quien gime!
¡Oh paraíso nuevo, nueva delicia,
esperanza sin sombra, piedad sublime!

En ese libro escrito con sangre y llanto
hallo en mis amarguras la clara fuente,
y para las heridas óleo de encanto,
y, en dudas y tormentas, paz de la mente.

¿No saben los que buscan dicha mentida,
que ese libro está lleno de solo el nombre
de Jesús, que es camino, verdad y vida,
Hijo de Dios y el Hijo también del Hombre?

Verbo de que brotaron las aguas puras,
para la sed del alma que en ellas sacia
todas las ansiedades y las harturas
que dan los manantiales - los de la gracia.

¡Oh mi evangelio santo, paz de la vida,
que de su mar aquietta las fieras olas!
Con él frente a los ojos va de partida
y con él hasta el puerto llegará a solas
mi alma de su naufragio ya redimida.

MILAGRO

En la duda y terror de mi desvío,
cuando asedia en las sombras el espanto,
acude a ti y apela mi albedrío,
¡Padre y Señor Jesús, el Justo, el Santo!

Sigo tu paso, en tu piedad confío,
y riego tus pisadas con mi llanto.
Salga virtud de ti, Salvador mío,
al tocar yo las orlas de tu manto.

Besando iré las huellas de tu planta.
Mi amor te clama, mi ansiedad te grita...
¡Llegue tu viador, tu ciego vea;

a este vencido del dolor levanta;
a este muerto del alma resucita;
y en mí la gracia del milagro sea! (14)

EL PAN NUESTRO

Para su veste no hilan,
Señor, los blancos lirios.
Los vistes y engalanas
con las sedas, los linos,
que remoja y refresca
tu matinal rocío.

Tejes tú los vellones
que viste el corderillo.
Nadie, con arte o ciencia,
formó esos leves hilos.

Tú los tallos no olvidas
en la tierra escondidos,
ni al que pía en las selvas
en la humildad del nido.
Los colores le pintas
de su plumaje rico
y las notas conciertas
de su sonoro pío.

Cada día, cada hora
su afán traen consigo.
No el paso adelantemos
al futuro destino.
Por tu misericordia,

JFD

Señor, somos tus hijos.
Tú nos darás sustento
y tu pan y tu vino,
y en la tarde postrera,
el dulce paraíso,
para la paz del sueño
que nunca aquí dormimos.

Ja. M.

EL DIOS DE LA SOLEDAD

En la oscura montaña,
con breve centelleo,
oscila vigilante
la lámpara del templo:
la lengua de la llama
que a Dios habla en silencio,
el alma de la antorcha,
que sueña con el cielo,
y en ansiedad se eleva,
hacia arriba, queriendo
llegar a donde llegan
las alas del incienso.

En las nocturnas sombras,
se extienden los reflejos,
como caricias lánguidas,
de seres casi muertos.
Es el astro que baña
la orilla del misterio,
y alumbra dos riberas
aquí y allá de lejos:
ribera de los vivos,
ribera de los muertos;
faro que enseña el rumbo
en ese paso incierto
que dos escollos guardan,

la eternidad y el tiempo.
En torno de la lámpara
revuelan los insectos,
enjambre codicioso
de misterioso fuego.
¡Qué soledad! ¡cuál pesa
la losa del silencio,
y la cabeza inclínase,
como tronchada, al suelo!...

¡Es el profundo arcano,
imponderable, inmenso!
la luz agonizante
que alumbra a Dios que ha muerto!
¡El ha muerto! ¡y aun viven
los míseros insectos!...
¡Abismo de las almas,
abismo del misterio!
Para entender su idioma,
la razón es insecto
que en torno de la antorcha,
codiciando su fuego,
vuela sobre él y queda
por su locura, muerto...

CRUCES

¡Dios mío! del campo las cruces,
altares sin nombre
de martirio, sin flores ni luces—
imagen del hombre—
extienden los brazos, y al cielo
la cabeza elevan pidiendo consuelo.

La cruz de la casa
reta al rayo en la paz de las tejas,
do alarga las ramas y abraza
las cabañas nuevas, las cabañas viejas.

La cruz del sendero
muestra el derrotero.
La saluda y pasa rezando el viajero. a

La cruz en las torres es ala
que surge del suelo, que el cielo señala,
brújula divina del viaje cierto,
áncora que echamos al llegar al puerto. a

Dos ramas que junta rústica liana
enseñan el sitio do una fiera humana,
en la encrucijada, con la acometida,
arrancó de un hermano la vida. o/v

La cruz de la tumba
da sombra a su sombra.

Y también se muere, muere y se derrumba:
la tuestan los soles, el musgo la alfombra.

Las flores de Cristo, las crucificadas,
sobre las laderas las más escarpadas,
no tienen hechizo, no tienen olor.
Pobres y olvidadas cruces del dolor,
que en el solitario
peñón de los Andes, tienen su Calvario.

La cruz de romero y helecho
que corona del monte el repecho,
siembra la simiente para otra estación—
de flor de romero—flor de la Pasión.

La cruz en el asta sobre la bandera
la patria nos muestra—la patria primera—,
y señala el cielo—la patria postrera.

La cruz en la espada dice a la milicia:
nadie la desnude sino la justicia.

La cruz a los labios, los dedos en cruz:
es el juramento del Señor Jesús,
verdad que no miente, la divina luz.

Al fondo de la noche y en el austral confín,
es la cruz de luceros del celeste jardín.

Sobre las diademas luce como estrella
de diamantes; y ella
en las altas cúpulas su lumbre destella,
para mansedumbres, para caridades,
amor de los campos, paz de las ciudades,
árbol de la peña, leño redentor,
altar del divino martirio de amor.

LA CRUZ DEL INDIO

Blanco, de tantos dolores
como trajiste a la tierra
del indio, no fué ninguno
cual tu codicia de fiera,
que hizo esclavo al propio hermano,
al que, impío, al yugo uncieras.

Pero un bien tú le trajiste,
en cambio de tantas penas:
la cruz, esa compañía
de la suprema dolencia
del pobre desheredado,
que a la cruz su dolor cuenta.

En aquellas largas noches
de honda, infinita tristeza,
en esas noches sin lumbre,
la cruz en las chozas vela;
y en el triste cementerio
de la campiña desierta,
con el ritmo del silencio,
las cansadas horas cuenta
de aquella raza vencida
que duerme bajo la tierra,
cariñosa única madre
del esclavo, que no encuentra
a su dolor sin remedio
sino la paz de la huesa.

SALMO DE PIEDAD AL MUNDO

¡Piedad a la tierra, que habita en la sombra,
Señor que eres Dueño, Señor que eres Padre!
Ten piedad del astro que rodando en la noche te
[busca,
las huellas siguiendo de amor de tu sangre.

Con purpúrea lumbre la tierra aparece
en el vasto desierto de estrellas.
¡Señor, que eres grande, que has creado el oceano
[infinito,
guía a este orbe triste por la ruta cierta!
En él, Tú nos diste sonrisas de cuna,
lirios de martirio y humildes violetas,
para la delicia de los sacrificios
de castos donceles, de castas doncellas.

Señor, que apacientas el rebaño humano
en siglos y siglos de duelo,
Tú, pastor de luceros y estrellas,
la oveja perdida llévala a tu seno...

Es la tierra tan pobre—tu hija—.
Para ella viniste, y dejaste en sus verdes oteros
mieles de la lengua, ritmo de canciones,
vino de tu viña, pan de tus graneros,
alboradas de amor de tus ojos,
y la dulce promesa del Reino.

Piedad a las madres, y piedad al infante que llora,
a las avechitas que te piden trigo,
a los recentales que te están balando
en demanda de yerba y de asilo.
Piedad a la espiga, piedad a la viña,
a la flor sin nombre y al silvestre lirio.
Piedad a los campos que el ábrego azota.
Encadena el ciclón al abismo,
aquieta las aguas que en el cauce imploran
el remanso del lago tranquilo.

Tu piedad -- pabellón de los cielos -- se extienda
a cubrir las tierras, a limpiar las aguas,
a esparcir el cendal de las nubes,
y de niebla a vestir la montaña;
a abrir los senderos de ascensión al cielo,
a guiar los pasos y encumbrar las almas,
para la venida de la paz que al mundo,
en tu primavera, tienes anunciada.
¡Piedad a la tierra -- tu estrella perdida --,
que el perdón espera, que tu gloria aguarda!

EL ANGEL DE MI CIUDAD

Tú que las noches velas como lumbre de luna,
y las alas extiendes en mi blanca ciudad;
tú que en ella desatas las rompientes del alba,
y para ellas despliegas del sol la caridad;

Angel que el alma guardas de ese hogar de mi vida,
para el cielo lo guardas y lo bañe su sol,
tú el de ojos azulados cual las celestes playas,
el de rubios cabellos cual marino arrebol.

Que la ciudad florezca los lirios de sus torres,
y su humareda eleves en rito de piedad,
incienso del trabajo, culto de los hogares,
tenue gasa que envuelve su humilde castidad.

Diamantes de rocío traigan frescor al campo,
y al retoño, al capullo su vigor y matiz;
no en chorro huracanado, con cristalino riego,
vierta néctar de lluvia de la nube el tamiz.

La pluma de tus alas despierte a las doncellas
a la dulce alegría y al albor matinal,
y sus ojos recates, los entornes con tu ala,
y pongas en sus labios mieles de tu panal.

Da rocío a los niños en cálices de rosa,
y a su vital aliento perfume de candor;

seca con tu blandura de las madres el lloro,
y al corazón da ritmos, y frescura al sudor.

Cuando a marchitar lleguen los cierzos la campiña,
las ráfagas entibies de su soplo glacial;
salva el brote inocente, salva los alcaceres,
defiende con caricias tu jardín virginal.

A esta tierra de asilo, la de las limpias aguas,
de azuladas colinas, la de valles en flor,
Ángel de Dios, la guardes en cerco de sus montes,
como en el redil guarda su rebaño el pastor.

Las albas y las tardes alumbren sus collados,
oree sus pensiles tenue brisa fugaz;
y al plegarse los cielos y al acabar el mundo,
¡Ángel, para ella cantes de tu canción la paz!

AL ANGEL MIO

Hermano, perdona mis erranzas locas...
Soy tan triste y ciego que no te adivino,
por más que a mis sienes lleguen tus caricias,
con susurro de alas y acorde de trinos.

Perdón, si no siento tu espíritu ni oigo
sino mis sollozos, sino mis gemidos.
Pero sé que velas en mis soledades,
la lámpara atizas —la de mi retiro,
el idioma entiendes—el de mi silencio,
y el dolor acoges—el de mis suspiros.

Por esos senderos, tan secos, tan pardos,
que a la cresta ascienden, vamos, Angel mío;
guíenme tus alas, llévenme a tus cielos,
mi frente a tu pecho, mi oído a tu oído.

Y en las largas noches—las de mis insomnios—
templa de mis fiebres la angustia, el delirio.
De tu adormidera la copa en mis labios,
soñando despierte, soñando contigo,
con dulzura en la trémula boca
la dulzura del beso furtivo,
que diste al hermano, que siente la vida
que apaga su llama, que pierde su ritmo.

Tengo miedo, hermano... Guárdenme tus alas.
Cerraré los ojos, a tu sombra... Vivo,

sin pensar ni sentir—como muerto—;
llegar pueda a la playa, al asilo,
que, en las lejanías donde el mar y el cielo
se pintan y abrazan, tú me has prometido.

¡Ay, hermano, mis locos amores!
¡Ay! mis inquietudes, ansias y delirios
de fortuna, de gloria me quites,
me perdones, al fin, Ángel mío.

Y a tu paz me llevés, para que descanse—
de sus inquietudes y de sus delirios—
mi frente ceñida de cardos,
mi frente cercada con lauro mentido,
en almohada mullida de rosas,
bajo de tus alas, en el paraíso.

ANGELES HERMANOS

Yo sé que lo visible
es copia de otro mundo, y que la vida
de esta naturaleza de misterio
esconde otro misterio, que se agita
en la etérea mansión.



Así, en el sueño,
cuando a un mundo de excelsas maravillas
mi espíritu—otro espíritu—despierta,
al través de la gasa matutina,
falanges miro de nevadas alas,
que a la luz juegan, que en las sendas guían,
ocultando los rostros, donde el oro
es primor sobre el nácar: sensitivas
del cielo que a la lumbre se repliegan,
y el breve pie resbalan en las vías
del aire, en el celaje de la tarde,
en las brumas del mar que el sol irisa.

Es la hora del silencio. La campana
modula su canción; las golondrinas
la paja allegan, cantan desde el techo
del sol la despedida.

Y tenues sombras, impalpables seres
preceden a la luna que rutila,
bordando de la nube,

en el inmenso oceano, las orillas.
Y más allá, en lo azul y gris de lo alto,
en las sendas de luz, en la infinita
ribera del espacio, se despliegan
alas y alas que en torno se deslizan.
Coronan ya la torre, y en las cruces,
donde al rayo y al viento desaffan,
contrasta la blancura de la pluma
con el leño del árbol de la vida.
Ocúltanse en el templo, se repliegan
al rincón del Sagrario, de rodillas;
y, a la luz de la lámpara que vela,
con el sueño del éxtasis, dormitan.

Las doce... Tras las tapias, en las tumbas,
en la grama florida,
encima de las piedras, a los leños
engarzadas las alas compasivas,
esperan el fulgor del sacrificio,
la Hostia de redención que el Cielo envía
para la paz del mundo... Se estremece
algo como las cuerdas de una lira...

¿Hasta cuándo, Señor, tienes las almas
alejadas de ti? Y ellas suspiran
en la mansión del llanto, do su oriente
contemplan en la oscura lejanía.

Ángeles peregrinos, cuando os miro
en el cristal de errante fantasía,
¿la ilusión de lo arcano y lo imposible
es la hermosa verdad que se adivina?
¿Lo visible trasunta el otro mundo,
que bulle en torno, encima,

en el cielo, en la tierra, el aire, el agua,
cual la luz infinita?

¡Oh santa fe, tú eres verdad... y lo eres
tú también, oh divina poesía,
que, por escalas de visión, nos llevas
a inmortales, eternas lejanías,
do la ilusión es realidad, y el alma
la saciedad encuentra de la vida.

CARIDAD

*Al Sr. Francisco García Avilés
Presidente de la Sociedad Filan-
trópica del Guayas.*

I

Proscritos de la fortuna,
ison los hijos del amor!
Los tristes no hallaron cuna:
tan sólo alumbra la luna
la noche de su dolor.

Los pájaros tienen nidos,
antros la fiera escondidos,
urna nívica el caracol,
Flores sin tallo, nacidos
con sorpresas y gemidos,
a éstos no calienta el sol.

Como a muertos en las fosas,
los echan en confusión
sobre las desnudas losas,
en las noches misteriosas,
las madres sin corazón.

Pero cuando la mañana
luce el primer arbol,



llega otra madre, otra hermana,
como caricia de sol.

Y al hijo sin madre, extrañas
manos la de madre son:
la caridad tiene entrañas,
ternuras la compasión.

Y esos seres sin fortuna,
nacidos en el dolor,
tienen nido, tienen cuna:
ison los hijos del amor!

II

¡Ay enfermo que a solas esperas
del Cielo el perdón,
isi en las noches eternas, sintieras
palpitar junto a ti un corazón!

Soledades tan largas... El lecho
es la caja mortuoria: al terror,
los gemidos comprimen el pecho:
isoledad del supremo dolor!

Pero, llegas, las horas encantas,
dulce compasión;
y al enfermo que gime, le cantas,
de la vida la hermosa canción.

Y dibuja—en el mustio semblante—
la alegría el divino color;
y a la muerte disputa, triunfante,
su presa el amor.

III

El mar las crines sacude en alto,
monstruo que ruge—llega el turbión.
Subir parece con rudo asalto
hasta los cielos el aquilón.

¡Ay pescadores de la ribera!
Salta sobre ellos la onda veloz...
La muerte asoma la faz señera,
de la agonía cunde la voz.

Pero mancebo gentil se lanza,
se lanza en alas del aquilón;
el amor lucha con la esperanza,
que él solo tiene gran corazón.

Lucha en las sirtes, entre la espuma;
y en tan sombrío cuadro de horror,
cuando centellas rasgan la bruma,
con un siniestro, rojo fulgor;

en los abismos cual férrea quilla,
sobre las ondas en convulsión,
surge el mancebo, y hacia la orilla,
lleva en triunfo ¡qué galardón!...

El pobre náufrago sobre la arena,
se abraza al cuello del salvador;
y el mar, el monstruo, la furia enfrena:
vencióle el hombre, venció el amor.

IV

Son las hermosas flores del sol amadas
que ruedan sobre el polvo ya deshojadas:
codicia de la tierra, las hermosuras
que rompieron el vaso de sus ternuras.
Pero maldice el mundo la flor marchita,
que, herida en las espinas, tiembla y se agita.

Pobre *Manón* que ruedas en los senderos,
con dorados andrajos. Los prisioneros
de tu beldad, traidores a tu hermosura,
te dejan en la senda de la amargura.

Mas, ve al templo y escucha cómo, sonoro,
con virginales trinos, resuena el coro.
Son—colonia del Cielo—las almas buenas,
las que rocío beben en azucenas;
el sol las acaricia, su luz las baña;
con el sermón divino de la montaña,
devuelven a su noche, la fe primera...
¡Tornó, flor deshojada, tu primavera!

V

¡Justicia adusta! En la mansión sombría,
no asomar puede el día,
para el triste que amó su resplandor.
Así ha prescrito la vindicta humana.
Pronto dará la espada soberana
término a aquel infierno de dolor.

Sólo por las rendijas fluye esquiva,
cual luminosa bendición furtiva,

la mirada del sol: nunca faltó.
Es el santo y el único consuelo,
el mensaje del cielo
que Dios, en alas de la luz, envió.

Y cuando al fin a la justicia plugo,
que, en la indefensa víctima, el verdugo
descargue el crudo acero matador;
de ese esclavo del crimen redimido,
los despojos, con salmos de gemido,
recoge entre sus brazos el amor.

VI

Hermanos y hermanos, clamando en la lidia,
se enredan cual ondas que empuja el furor.
El odio implacable, la astuta perfidia
la guerra engendraron, en noche de horror!

No es tigre el que busca con hambre la presa,
ni el rey de las selvas rugiente león:
no a tiernas palomas— en torva sorpresa—
con ojos de llama, persigue el halcón.

Las fieras humanas, ingratas al Cielo,
los ámbitos llenan de ronco clamor;
con sangre de hermanos empápase el suelo:
¡la sangre, simiente de eterno dolor!

Si el campo ha arrasado por fin la matanza—
paloma sin alas—llorando se lanza
y cruza la hueste contraria, veloz,
la hermosa que salva del monstruo la vida...
Con besos y lágrimas ungió ya su herida
la tímida virgen, heraldo de Dios.

¡Victoria! la virgen dormida, que asoma
la pluma juntando de blanca paloma
a el ala sangrienta de lívido halcón;
muerta—por los muertos parece que llora
sus últimas lágrimas; con ellas implora
la paz de los cielos, de Dios el perdón...

VII

¡Perenne lid! El hombre con arrogancia loca,
reta al Cielo que mira la demencia en furor,
como las ondas mira la inquebrantable roca,
que quiebra de los mares el tempestuoso hervor.

¡Blasfemia del espíritu! Del pensamiento estalla,
como columna hirviente de colosal ciclón,
la rebelión gigante que, en singular batalla,
devuelve al Cielo, en odio, la grande inspiración.

No existe Dios, son dioses los siervos de la muerte.
Verdad, bien... ¡nombres vanos! La nada—el creador.
La cumbre de las cumbres, el Poderoso, el Fuerte
¿su majestad no muestra? ¿No aplasta al retador?

*hombre
ovo*

Se cubre para el hombre la soledad de flores,
hasta para los monstruos las limpias aguas son.
El día en todos vierte calor y resplandores
y para todos tiene la tierra corazón.

De generosa lluvia desátanse las fuentes,
el suelo para todos germina las simientes,
y de todas las sombras la luz se lanza en pos...
Es el perdón sublime que—en rápidas corrientes—
de lo alto baja al mundo: ¡la caridad de Dios!

Da

SEGUNDA PARTE

MIRANDO EL CIELO

Toda es ojos el alma
en frente al estrellado firmamento;
su calma—que no es calma—
es cual la de la palma,
que lenta oscila a la emoción del viento.

¿Cuándo será que muerto
a la tierra, a su cuita, a su fatiga,
llegue a lo firme y cierto;
y al arribar al puerto,
que el mal no aceche ni el dolor me siga?

¡Embriaguez del sentido,
saciado afán de sempiterna lumbre!
Halló el amor su nido,
y bálsamo el pie herido,
en la ascensión a la celeste cumbre.

Te miro, cielo hermoso
cuando con tus estrellas tú me miras;
y va a ti mi sollozo
pues ansío el tañido deleitoso
de las eternas liras.

De tu esplendor mendigo —
la sed febril, la planta adolorida —
a tus fulgores, la jornada sigo...
Quiero morir para vivir contigo
Dueño del alma, Padre de la vida!

SUEÑO DE UN SUEÑO

Beber en copa de oro
el néctar de embriaguez de la armonía,
en el concierto de las arpas de oro,
¡oh divino tesoro,
oh eternidad de amor y poesía!

Con íntima delicia,
temblar del agua al ondulante halago,
y dormir con el viento que acaricia
la castidad del lago.

En fuga deliciosa,
con ala de querubes,
el alba sorprender de oro y de rosa
despertando en las nubes.

Y, en placidez divina,
lanzar el alma que en ternezas arde,
más arriba del sol, donde declina
para otra alba, la tarde...

De un mísero proscrito
pasión de adivinadas hermosuras...—
vamos como de huida a lo infinito,
en súbita ascensión, por las alturas.

NUPCIAS ETERNAS

¡Ya son las nupcias de oro!
¡del alma primavera!
¡Es el Esposo, el único tesoro
del alma que le sueña y que le espera!

Viene, las noches todas,
húmedo de rocío,
para las santas, las perpetuas bodas.
El dice al alma—¡Amor!—y ella—¡Bien mío!—

Y vase con la aurora
el Amado a la altura,
para traer, del cielo, a quien le adora,
la nueva miel de mística ternura.

Son los castos amores,
son las perennes bodas.
El único, el Amado, con candores
de amor, viene gentil, las noches todas.

¡Feliz esposa!, guarda
para El suaves aromas.
Mira, no tardará: que nunca tarda
venir al palomar de sus palomas.

HIELO DEL ALMA

¡Oh buen Señor Jesús! belleza suma,
fuente de leche y miel que sacia y llena,
airecillo de música serena,
agua que dentro el corazón rezuma!

¿Para tu luz, habrá tiniebla o bruma?
¿Quién a tu suavidad no se encadena,
si es cadena de flores tu cadena,
que blandamente el ánima perfuma?

Sólo yo, como el hielo, a tus ardores,
copio y guardo tu albor... No me deshago,
en languidez de mística ternura.

È insensible al amor de los amores,
al dulce hechizo, al delicioso halago,
ies tan fría de mi alma la blancura!

SAN FRANCISCO

Ante el cuadro de Murillo.

De Albornia en la ladera,
en grata soledad, ora Francisco—
esa dulce ovejilla del aprisco
del Señor.— Algo pide y algo espera,
cuando ante el crucifijo,
abrazado a sus pies, sobre ellos llora.
Y habla el Señor al Serafín que implora
y languidece en sus ternuras:—¡Hijo,
hijo!—y arranca de la cruz el brazo,
y a Francisco lo extiende y le aprisiona
con amoroso lazo,
y una espina le da de su corona.

Y la pobre ovejuela
del Señor, siente, en ansias sin medida,
desfallecer y sucumbir. La vida
con la emoción se hiela...

Y despierta—¿Por qué, Señor, me estrechas
con solo un brazo, y celos ¡ay de mí!
en mi miseria enciendes?
Y el Señor, disparándole las flechas
de su mirada, dícele:—Te dí
un solo brazo, por mi amor. ¿No entiendes?
El otro queda a padecer por ti.

CULTO DOLIENTE

A Miguel Moreno

De la corteza rota,
fluye cual fuente de la extinta vida,
la savia de la rama dolorida,
que entre perfumes brota.

Queda luego agotado
el manantial de ese dolor intenso,
y en el tronco agrietado,
el lloro se ve al fin cristalizado—
símbolo de la muerte—es el incienso.

¿Qué otra cosa mejor, agradecidos,
darte podrán los tristes que te adoran
en esta tierra—albergue de gemidos—
Señor, sino las lágrimas que lloran
los árboles heridos? . . .

¡Ay la humana flaqueza!
¿qué engendra sino lágrimas? Perfume
de esta pobre, mortal naturaleza,
en las aras, Señor, de tu grandeza
el dolor, como incienso, se consume.

Por mano de un querube,
como vapor del suelo,
a lo alto, en ondas aromadas, sube;
y en el altar es misteriosa nube;
y tras la nube, la piedad del cielo.

DEL CANTAR DE LOS CANTARES

*En la muerte de Sor Rosa de
Jesús Cordero.*

Otra vez, azucenas, lirios, rosas—
las flores santas y las flores bellas—
alma, perfume y vida de las cosas
para el festín de púdicas doncellas.

Otra vez, de las arpas melodiosas
fluyen notas, acordes y querellas...
Para una virgen, flor de las esposas,
ha encendido la noche sus estrellas.

Que el Amado la llama, que el Amado
la lleva a la quietud de sus jardines,
do el amor guarda las delicias todas;

y va sobre los hombros reclinado
de la esposa el Esposo; y serafines
cantan en coro el himno de las bodas...

SALMO DE PEREGRINACION

En el mundo de luz del pensamiento,
mi único sol,
Padre y Señor, tú el alma de las almas,
vida y calor.

Refugio de las alas fatigadas,
nido de paz,
para las locas olas de la vida
playa inmortal..

Con fugaces relámpagos de cólera,
te desafié.
Grité en vano con gritos de soberbia
de mi altivez..

Sopló el aire de música serena,
y oí la voz
del Cielo: era el compás con que latía
mi corazón...

Consuelo para el salto de la muerte,
rincón feliz,
el ciclón como al ave perseguida
me empuja a ti.

Allí de un ángel las nevadas alas,
en el azul

del éter, van tendiendo con el iris
cintas de luz.

El océano díafano, sin sombras,
linde ni fin;
el tiempo se detiene ante él, la muerte
no llega allí.

En el inmenso ponto que adivino,
Señor, está,
velada por la bruma del misterio,
tu augusta faz.

Ella la plenitud, la vida entera
para el amor...
Tú, Señor, en el mundo que he creado,
eres el sol.

Salve al astro que anuncia el alba, el día,
que es inmortal,
y el arribo a la playa de fortuna,
y a mi última ciudad—la de la paz.

SALMO DE ALEGRÍA

Bardos enfermos, aves prisioneras
de mustio corazón,
¡albricias a la vida! ¡alzad la frente
al sol y para el sol!

Del helado reposo de la noche,
venid y despertad;
y otra nota resuene en el concierto
del himno universal.

Mirad el pabellón de las estrellas
de nacarado azul,
y allí el hervor fecundo de los seres,
y allí la plenitud.

Y sobre aquel océano de los cielos
más vasta inmensidad,
las islas y los grandes continentes
del mundo sideral.

Infinito sin fondo y sin riberas,
soledad y quietud,
humareda de sombra y de misterio,
palpitación de luz.

Y sobre los espacios y los orbes,
presente, oculto Dios,

sobre las millaradas de los seres,
El Ser, el Creador...

Ciñan mi frente blancas azucenas,
veste blanca ceñid
al poeta, que pide el arpa de oro
que pulsa el serafín.

¡Cielos, cantad al Hacedor! Su nombre
ved cómo escrito está
con la luz del relámpago en la sombra,
con la espuma en el mar.

Cante al Señor el viento del desierto,
le cante el aquilón,
el céfiro le cante que acaricia
las praderas en flor.

Con su cimera de humo y llama cante
al Señor el volcán;
las crines al furor encanecidas,
cante al Señor el mar.

Canten al Padre las espigas de oro
y las pomas de Abril;
le canten la verdura de los prados,
la sangre de la vid.

Tierra la buena madre, madre santa—
dulce destierro, edén,
astro de bendición—la cuna y tumba
de Jesús aquí fué.

Purpúrea flor de luz en el espacio
aparece triunfal,

la virgen de los mundos, do el Eterno
hizo su ara de paz.

Bardos de sombra, el cántico de gloria
en las arpas tañed...
Alborece la luz en las alturas:
es el amanecer.

¡Oh, divina alegría de la vida!
¡Oh ardor, oh caridad!
que se esparce cual llama hacia los cielos,
para amar y adorar.

El pecho estalla en rítmicos acordes:
¿en el altar no veis
la Hostia de sangre, Víctima inocente
y vino, y leche, y miel?

Sangre, la dulce lluvia generosa
que nutre el corazón,
rocío de los valles, de las viñas
perfumado licor.

Sueltan en coro notas de armonía
las liras de marfil:
para dulces y místicas delicias
las pulse un serafín.

Niños, tiernos capullos de la vida,
venid a la canción;
venid, castas doncellas a las bodas
del arpa y del amor.

Turbe mi voz el atrio del santuario,
y en la cita feliz,

en mis candentes lágrimas bañada,
acabe mi arpa así.

Como a rendida víctima, consúmanle
las brasas del altar,
y elévese como humo del incienso
mi espíritu inmortal.

SALMO DE DESOLACION

¡Soy culpado, Señor! De tu venganza
aguardo el brazo fuerte.
Mas no del enemigo la acechanza,
sino tu compasión—la de la muerte.

¡Ay! ¡pero ya me estrechan los anillos
de la víbora artera!
¡Oh madre de los buenos y sencillos,
di que tu siervo muera!

Sobre mí se alza vibradora lengua,
y del monstruo los húmedos abrazos
me ahogan... estupor, venganza, mengua...
¡Y al fin el corazón salta en pedazos!...

De la víbora escucho los silbidos,
y amenazantes, rojos,
cerca están los carbones encendidos
en círculo de sangre de sus ojos;

que en seducción febril, incandescentes,
me ciegan con miradas de centella.
Ya sentí adentro los menudos dientes...
Queda en mí ya del tósigo la huella.

Lento el veneno cala
en la carne, en los huesos, en las venas

El corderillo sin defensa bala,
del monstruo en las antenas.

Acabé al fin. No soy... Tornó a la tierra
el polvo que soberbio desafiaba
al mundo, al cielo. Sin luchar, sin guerra,
rindióse el alma a su enemigo, esclava... *ya*

* * *

¡Señor! ya me despiertas
y la razón alumbras que vacila;
penetras con el sol, abres las puertas,
de tu faz el relámpago rutila.

Ante el reloj que cuenta,
indiferente el resbalar de la hora;
y el peso del dolor que me atormenta,
del cáncer que mis vísceras devora. *ya*

Baño tus pies en lloro...
Mi honra te pido, por haberte amado...
Siento después un aguijón—y es de oro—,
y la herida y el bálsamo al costado. *ya*

Y así descansar quiero,
abrazado a tus pies, sobre tu herida,
mis codiciosos labios el madero
besando de la afrenta de tu vida. *ya*

Esa que nos salvó—dote y herencia
de sangre que redime:
en nuestra pequeñez, omnipotencia;
en nuestro bajo estado, lo sublime. *

Piedad a mis contrarios. Les perdono
como perdonas tú... Me restituyas
mi honor que en tí abandono;
mi vida y mi ventura que son tuyas. *y cambre*

Y ellos sean felices,
gocen la vida en paz, este es mi ruego...
No tengan un espía en sus deslices;
y perdonados ya, prémialos luego. *y ves a*

Para mí, las migajas de tu mesa,
las que también a tus lebreles sobras;
y una mirada de tus ojos—esa
mirada de perdón para mis obras... *y or*

* * *

¡Gracias, Padre bendito!
porque a tus pies me acojes,
para besar tus pies. A este proscrito
por la culpa, hoy contrito,
de tu herencia de amor no le despojes. *y*

¡Soy tan triste, tan pobre!
No acierto a dónde conducir el paso...
Beberé—con mis lágrimas—salobre *y*
el agua de mi vaso.

¡Oh Dios, tú que a los muertos resucitas
y levantas las sierras y los montes,
y al océano los ríos precipitas
y cierras con el mar los horizontes, *y bendito*

ven, desata la diestra,
alárgala a mi frente con ternura; *y*

misericordia muestra:
soy tu mísera hechura!

lindo

¡Mis ojos cierra al sueño,
y dame, en dulce y amoroso lazo,
Padre y Consolador, Maestro y Dueño,
tu última caridad—la de tu abrazo!

Que el será plenitud y amor y vida,
paz y reposo del cansado vuelo
del alma, a tus caricias redimida,
y mi cielo—en tu cielo...

je lindo

SALMO DE HUMILDAD

*Humiliamini in conspectu
Domini, et exaltabit vos.*

Santiago, iv.

Señor, yo soy el polvo
que los vientos arrastran.
¿Cómo podré la compasión o la ira
tentar de tu mirada?

¿Este humilde atomillo de ceniza
te pedirá venganza?
¿El hisopo—esa afrenta de la roca—
demandará las flores de tu gracia?

Esas que entre las guijas
van y las piso—cristalinas aguas—
son mejores que yo: no te ofendieron:
tu ley las guía y a la mar avanzan.

El puñado de polvo
torne al polvo, a la tumba y a la nada.
La piedra vive innúmeras edades.
Aparece el mortal, saluda y pasa.

Astro errante en las sendas del vacío,
con una luz que trémula naufraga,
surca un instante el infinito piélago,
y—al acabar—estalla... *Santo*

¡Señor, que no en mis huesos filtre el hielo
de la soberbia vana!

La frente en tierra, el orgulloso, el necio
aguarde la caricia de tus palmas.

Y ¡silencio! ¡silencio!... Tu camino
de lejos siga yo. Calle cuando hablas.
Soy el suelo que pisas. Se estremece
ese suelo al contacto de tu planta.

Arroja a este ser tuyo
en el abismo, en las rabiosas aguas.
Eres su padre, la simiente tuya
y la flor, las raíces y la rama.

Mas tu piedad recoja, Padre y Dueño,
a esta alma atormentada.
Dale el cálido aliento de tu boca,
y escóndela en el nido de tus alas.

LA CONVERSION DE SAN PABLO

El campeón es que contra la naciente
Fe se lanza con bélico ardimiento:
el rebelde, el antiguo Testamento
que su cercana muerte no consiente,

la audacia que apagar quiere impotente
el sol del inmortal renacimiento...
Mas, desde las alturas, tenue acento
se desliza en los aires, blandamente.

—¿Me persigues, Saúl?—Oscuro velo
los ojos nubla de Saúl. Sin tino,
cae, de lo alto del corcel, al suelo.

Y queda sobre el polvo del camino
vencido el gran perseguidor del Cielo;
¡y vencióle el Espíritu divino!

lindo

DE PROFUNDIS

Desde lo profundo de mi nada, exclamo:
—¡Tu misericordia para mí, Señor!—
¿Quién a mi flaqueza vendrá cuando llamo,
sino tú clemencia para mi dolor?

Menos que la yerba que los campos viste,
y menos que el polvo del camino soy.
Ellos no conocen culpa: no les diste
alma; y yo con ella tras las sombras voy,

a desconocerte, Padre de la vida,
y lanzar al Cielo la interrogación
de mi rebeldía, de mi fe mentida,
desafiando el rayo de tu maldición.

Este a quien destello de tu luz prestaste,
aire de tu cielo, llama de tu amor—
pues me redimiste, porque me creaste
y eres padre mío— sé mi salvador.

Desde lo profundo de mi culpa, grito:
—¡Para este gusano, Señor, compasión!—
Eres providente y eres infinito...
¡Llegue hasta mi nada, Señor, tu perdón!

FACIES CHRISTI

*Al señor Deán Doctor
Froilán Pozo Quevedo*

HOSANNA

Bajo un cobertizo Jesús ha nacido—
el Justo anunciado por la antigua Ley.
Pero ¡es tan humilde!: su primer vagido
se junta al aliento de un asno y un buey.

Llegan los pastores para el bienvenido
Pastor de las almas de la nueva grey;
y llegan los reyes, pues ya ha florecido
el tronco de siglos del Mesías Rey.

Un nido de paja su único tesoro,
en ella reclina la cabeza de oro,
do esparcen sus ojos la primera luz.

Es la noche hermosa, la dulce, la buena...
Mas la sangre tiñe la nívea azucena,
y El tiende en las pajas los brazos en cruz.

PRIMAVERA

Llega para Jesús la primavera,
la dulce primavera adolescente.
Ya luce en El la inspiración primera
con la divina lumbre amaneciente.

Con estupor de la Asamblea austera,
abre el raudal de la copiosa fuente
de la revelación que el mundo espera,
cuya luz surge ya por el Oriente.

Mas a esa flor de nítida hermosura—
viviente grana en límpida tersura—
de castidad y de inocencia lirio,

circunda una tiniebla de tristeza:
que sabe ya que en primavera empieza
la sangre a florecer para el martirio... *Anulo*

TRANSFIGURACION

El cielo se abre encima del Salvador. El monte se estremece al aliento del huracán que pasa. Desde un confín al otro, midiendo el horizonte, en las nubes el rayo súbita lumbré traza.

Jesús - nieve la veste - con el rostro ilumina, en rompiente de aurora, la niebla en torno densa. Moisés, el padre, adórale: es la Ley que termina, y se prosterna Elías: es la ley que comienza.

Sobre sus rostros caen los Discípulos; brilla cual sol la Faz del Santo. — ¡Sublime maravilla! Y habla el silencio. . . Cuando del monte solitario

la aparición extingue su fulgor postrimero, — Callad, el Señor dice, tornando a su sendero — sendero que le lleva a otra cumbre — el Calvario.

GETSEMANI

Rayo de luna en la medrosa gruta
llega a Jesús, que de rodillas ora.
Amarilla la faz, la greña hirsuta
y en tierra el rostro estremecido, llora.

Sombra de tentación su mente enluta...
—¡No este cáliz de hiel!—al Padre implora...
Gotas de sangre, de la carne enjuta
brotan... De las tinieblas llegó la hora.

Y pues del Padre a la Justicia plugo,
El Cordero de Dios se da al verdugo—
mudos los Cielos, las Potencias mudas.

Y El baña con la luz de su mirada
de astro de amor, a la caterva airada
y la noche de un alma—la de Judas.

ECCE HOMO

Al Justo del Sermón de la Montaña,
al que trajo la eterna maravilla,
rey le coronan en cobarde saña;
y el Justo ante los réprobos se humilla.

Espinas a la sien, cetro de caña,
un andrajo de grana, a la mejilla
la vil saliva que su rostro empaña;
y ante Él doblan, burlando, la rodilla.

¡Ése el Hombre, ése el Dios, el fuerte, el santo,
el vaso de elección límpido y puro,
do se vació todo el humano llanto!

Hoy, rey de escarnio en un desván oscuro;
mañana de los réprobos espanto,
el Vengador, el Príncipe futuro.



BERENICE

Va piadosa doncella por el mismo camino
en que, la cruz al hombro, con angustiosa brega,
avanza entre guijarros el Salvador divino.
La doncella hasta el Mártir con insistencia llega.

Saca del tibio seno, desdobra un blanco lino,
con él enjuga el rostro del Señor, que le entrega
la faz ensangrentada con sudor mortecino,
la herida sien, los ojos que la saliva ciega...

Y el lienzo le devuelve, y en él su macilento
rostro que allí se imprime, que persiste sangriento,
y mira con miradas de resplandor de estrella.

Y así la faz del Mártir, mientras la tierra exista,
perdurará, por gracia de su Divino Artista,
en el sensible lino de la pía doncella.

EN LA CRUZ

La Víctima de amor yace pendiente
del árbol de la Cruz. Junto a El espera,
rugiendo, la caterva delincuente,
que el Santo de Israel acabe y muera.

Clama en la sed de la ansiedad postrera
Jesús al Padre. A su clamor doliente,
responde con furor la humana fiera,
y calla el Cielo; al Justo indiferente.

Y el Cordero sin mancha, en el semblante
la mustia lividez agonizante,
al entregar el soplo de la vida,

no al Padre pide por su grey perdida,
ni los rayos de la ira soberana,
sino perdón para la fiera humana.

MUERTO

¡Señor Jesús, ya muerto! sobre el materno pecho,
entre albos lienzos yacen sus cárdenos despojos.
Los brazos de la Madre son el último lecho...
Dejadle en esos brazos y cerradle los ojos.

Sobre su frente pálida, sobre su rostro helado,
pondré, mísero y triste, mis labios pecadores;
en los pies, en las manos, y al abierto costado
do fueron sus latidos, do fueron sus dolores!

Ya no se abre su boca con habla de dulzura,
sus ojos no despiertan en su mortal blancura,
en la carne, en los huesos, en la faz, ¡frío, frío!

Sin la luz que nos bañe, nos encienda y anime,
¡ay! ¡cómo irá sin senda la humanidad que gime,
y será larga y triste nuestra orfandad, Dios mío!...

RESURRECCION

Envuelto en los cendales de la muerte,
al Santo han puesto la funérea losa.
¿Venció la muerte? ¿El grande, el justo, el fuerte
no volverá del sueño en que reposa?

¡Tu promesa, Señor! Ya el alba vierte
la suspirada luz... Es la radiosa
alba de redención... ¿Tú, polvo inerte?...
¿Despojo, Tú, del hambre de la fosa?...

¡Despierta ya! ¡tu omnipotencia muestra!—
La piedra arrojas de la tumba... ¡Hosanna!
¡vencedor de la muerte, es tu victoria!



El pendón de la Cruz alza tu diestra,
y te encumbras, al sol de la mañana...
¡Gloria en los cielos y en la tierra gloria!

VUELVE JESUS

Temblor de los aires, centella que crece
de albor azulado del día—el gran día—
y un crujido de alas que las nubes mece,
y un ritmo de arpegio de dulce armonía.

Estupor del cielo... La luz se estremece
con cambiantes de iris... ¡Misterio! María
aguarda temblando... Y alguien aparece...
— ¡Hijo mío!—se oye, luego— ¡Madre mía!

El Resucitado para las dulzuras
a los suyos vuelve desde las alturas,
a la tierra vuelve y al calor materno,

desde los jardines de su paraíso,
trayendo el encanto, la gloria, el hechizo,
para las delicias del amor eterno.

LA ASCENSION

Va a partir el Amado, va a tornar a su cielo,
los aires y las almas con la emoción se agitan,
ha cubierto los ojos de lágrimas un velo,
y se crispan las manos y los pechos palpitan.

Y el Señor se levanta y sube en manso vuelo...
—¡Ay, nubes traicioneras que nuestro amor nos
[quitan!

Y del Señor los ojos se humedecen, de duelo,
cuando—¡Señor!— cien voces con amargura gritan.

Cual estrellas de día las últimas miradas
del Señor iluminan las nubes argentadas...
—¿Volverás? ¿cuándo?—claman los huérfanos...
[Asoma

un punto en el espacio... soledad de la tierra!...
¡Adiós, adiós!... Y en medio la sombra que se cierra,
la santa Faz se pierde como ala de paloma. *Amu*

VEN, JESUS

Día y noche te claman, ¡Oh, Padre, Amigo,
[Hermano!
los tuyos que, vencidos, dicen que ya no miras
su afrenta, y que no lanzas a Satán—el tirano—
al fondo del abismo... ¡Oh esperanza deliras!...

¡No! que el minuto llega del furor soberano...
Arden astros y soles cual gigantescas piras,
y quíebrase la tierra cuando grita el oceano...
¡Es el rencor del Cielo, del Cordero las iras!

Lá luz de su semblante ¿quién resistir podría,
luz que derrama el fuego del luminar del día?
¡Es el Rey de los cielos, es el grande, es el mismo

Relámpago—se enciende, rayo—luce y estalla;
vencedor de los mundos, en la final batalla,
echa a Satán al fondo sin fondo del abismo.

¡ALELUYA!

¡Llor al Justo, al Redentor, al Santo,
al Rey que de las cumbres en la cumbre,
de esplendor y piedad, de amor y encanto,
muestra la faz a la sidérea lumbre!

Después de siglos de dolor y espanto,
de sombra, de rencor, de servidumbre,
se acoge bajo el ala de su manto,
de escogidos la inmensa muchedumbre.

Es el reino y ciudad de venturanza,
la prometida luz de la esperanza...
¡Huya la noche a sus tinieblas, huya!

Es la última estación cual la primera,
del paraíso nueva primavera:
en la tierra y los cielos ¡aleluya!

LA COMUNION DE LA VIRGEN

Partióse el Amado
triunfante a los cielos,
y quedó la Madre
sola con su duelo.

Para consolarle,
danle el pan: es el pan de misterio.
Danle el vino, que es sangre del Hijo,
que al seno materno
yuelve, envuelto en los blancos cendales
del trigo...Silencio, divino silencio...

La Madre lo siente
venir a su seno,
como cuando Gabriel el mensaje
le trajo del cielo.

Y ella en las entrañas
que a Jesús nutrieron,
guarda el zumo de vid, guarda el trigo,
que es vino del alma, que es pan de misterio... *vv*

TERCERA PARTE

ELEGIA DE MAYO

¡Oh buen Señor Jesús, quién nos dijera
que, en esta tierra, do tuviste asiento,
y encontraste, en la andina cordillera,
el Siná de tu dulce Testamento;

un día infausto día!
hallaras, oh Divino Solitario,
la cruz de la agonía
y otra vez la ignominia del Calvario!

Más venturoso en otro tiempo fuiste,
cuando tu Madre y el gentil mancebo
y la amorosa pecadora triste
velaban junto a ti. Hora en el nuevo

holocausto, no estaban el amigo,
la amante, ni la Madre... Así le plugo
al Padre de la pena. Fué testigo
de tu inmenso dolor sólo el verdugo...

Antes rompiendo el vaso de alabastro
te ungió la caridad piadosa y tierna,
y en los tuyos dejaste firme el rastro
de comunión eterna;

cuando abierto el raudal de la ternura,
las alas en tus hijos abatiste,

y en divina locura,
en pan y vino con pasión te diste.

Te circundaba un resplandor sereno;
fué tu voz el arrullo y el gemido;
y el Amigo durmió sobre tu seno,
como polluelo en el calor del nido...

Y hora—en la soledad del cementerio—
do se asiló tu amor, te dan la muerte;
en la prisión te buscan del misterio,
y a ellos te entregas, tú el augusto, el fuerte.

En el martirio estás de tu reposo;
desarmado gigante, no batallas;
te gritan—el silencio es tu sollozo;
y blasfeman—tú callas.

Señor, les diste la palabra... Es ella
hoy para ti el oprobio y el insulto.
Tú el fuego hiciste, el hierro y la centella:
el verdugo con ellos te da culto.

Y porque duermes en la inmensa huesa,
con indomable empuje te acomete;
y es derramado el vino de tu mesa,
y pisoteado el pan de tu banquete.

Y la Hostia con la sangre del Levita
tiñe las turbias losas;
y—dormida la cólera infinita—
la fiera se revuelca entre las rosas...

¡Oh buen Señor Jesús! En esta tierra
do te adoraban niños y pastores,

hoy, al crugir los ecos de la guerra,
te persiguen los canes ladrones.

En tu primer suplicio,
dióte un sepulcro la amistad piadosa,
y el lecho perfumó del sacrificio;
ella cerró la piedra de tu fosa.

Y aquí, junto al santuario, la jauría
ruge y tu sueño vela,
y embriagado de sangre, en la sombría
noche, clama el rabioso centinela.

¡Oh caos de dolor! ¡sombras de duelo!
El monstruo humano, con ardiente saña,
insulta y reta al cielo;
huelga el tigre feroz de la montaña...

Tañidos de la púrpura sangrienta,
danzaron asquerosas bacanales;
su gloria es nuestra afrenta,
de nuestra cruz hicieron sus puñales.

El surco abre el arado
en un suelo de lágrimas... El fruto
será de muerte: el campo desolado
dará otra vez de lágrimas tributo.

Se aleja el bien, como el herido ciervo
que se oculta a la bárbara acechanza;
y su festín el cuervo
preside sobre un campo de matanza.

Y, presa de feroces alimañas,
cual gigante maldito,

la Patria siente rotas las entrañas,
y al mundo lanza el grito.

¿Dónde está tu poder? ¿dónde, Dios santo?
¡Por la oración de niños y pastores,
no huyas del nido de tu amor—tu encanto,
patria nuestra de vírgenes y flores!...

¡Perdónale, no sabe!... ¡Que el verdugo
la bendición reciba de tus manos,
de lirio cubre el ominoso yugo,
y cambia el corazón de los tiranos!

¡Señor Jesús! ¡Y nunca de este suelo
do tu honor floreció, la vista apartes!
Las cumbres son los pórticos del cielo:
Señor, pusiste aquí tus estandartes.

Y aunque el genio iracundo
alce a regir la frente soberana,
que no se mude el corazón del mundo—
esta inocente tierra ecuatoriana.

AL PIE DEL CALVARIO

(En el jubileo sacerdotal de León XIII)

No como en otros bonancibles días,
riges, Padre y Señor, el mundo entero.
No eres monarca ya. Tras las sombrías
murallas, con fugaces alegrías,
engañas el dolor de prisionero.

Del viejo Tíber las soberbias ondas
miraron otra vez plebeyo imperio.
¡Cosas del Cielo incomprensibles y hondas,
del albedrío loco — qué misterio!

Torcida la corriente de la historia,
alióse con sayones la fortuna;
Roma rasgó la púrpura de gloria,
vuelta a la afrenta de la agreste cuna.

Padre, celebra tu festín doliente.
Después será tu sacrificio. . . Llena
con nardo y rosa el ánfora luciente,
unja con rosa y nardo penitente,
de su Amado las plantas, Magdalena.

Se escucha de la música el tumulto,
el templo está de luz y oro vestido.

Mas es de un muerto, fúnebre, ese culto,
y semeja esa música gemido.

Se alza encima la mano usurpadora:
¿Cómo vendrá el encanto de la fiesta,
si pendiente en el sauce el arpa llora,
y el alma sólo a la oración se apresta?

En Betania, al festín de despedida
Jesús acude, cuando oculta insania
vende al verdugo el oro de su vida...
¡Qué triste ese banquete de Betania!

Después, en el Cenáculo, apareja
la pascua del amor. ¡Oh gozo interno
y misterio de luz! Allí festeja
con sus amigos desposorio eterno.

El pan mojado en púrpura, los labios
tiñe dejando místicos sabores:
manjar de los sencillos y los sabios,
Hostia de dulces, célicos ardores.

Presto vendrán las sombras misteriosas
y la oración del Huerto solitario.
¡Qué amargo deshojar lirios y rosas,
al emprender la senda del Calvario!

De esta remota playa ecuatoriana
donde inocente la creencia habita,
infante, cual del mundo en la mañana,
cual los inmensos Andes, infinita.

Va la ofrenda, Señor, de la viuda
que robo a su hambre el don en que no brilla

el oro: ofrenda de esplendor desnuda
de vanidad—el oro sin mancilla.

Padre común, en premio, tú devuelve
al pueblo amante que tus cuitas llora,
con la divina bendición que absuelve,
el caudal de las gracias que atesora.

Y—don de mi arpa—el óbolo modesto
que al cotidiano afán hurté—estas hojas
del libro de mis horas, que hoy he puesto
a tus pies, las bendigas, las acojas...

En ellas, para el día de tu pompa,
va una gota de llanto con mi pena:
que se mezcle en el ánfora que rompa
sobre tus pies la dulce Magdalena.

ANIVERSARIO DE DUELO

A Su Santidad Pío X.

¡Cómo es triste la fiesta de tus bodas,
Señor, cuando a tus plantas huye el suelo,
y rugen turbas de furor beodas,
y un mar de ingratitud sus ondas todas
lanza, en estéril rebelión, al cielo!

Hoy; tras media centuria de tremendo
oscilar, al fragor del cataclismo,
se pierde la oración en el estruendo,
y la esperanza va languideciendo,
al abrirse las bocas del abismo.

No tu fiesta—del padre de familia,
que se esparce en sereno regocijo
y las dispersas almas reconcilia—
es breve luz tras noches de vigilia,
y el llanto por el pródigo y el hijo.

Y no el himno con plácida armonía
se derrama en bullente vocerío.
Es el eco final de una elegía
que gime y pasa en la extensión sombría
con el rumor del babilonio río.

Mas, encima la nieve de tu frente —
cumbre gigante que del fondo arranca
y hasta los cielos sube—hostia doliente
se alza, al mustio fulgor, con que, en poniente,
el sol destella en tu cabeza blanca.

Que la Hostia, astro de paz, nunca se apaga
ni del nublado en sombras escondida;
faro para el que lidia y no naufraga,
única lumbre en la tormenta aciaga,
última lumbre de la humana vida.

Y de esta tierra americana, a donde
el misionero vino con el trigo
en que el misterio del amor se esconde,
a tu voz la plegaria no responde
sino el grito del bárbaro enemigo.

¡Decoro de la Cruz! ¡Simiente hermosa
de largas, de magníficas hazañas!
¡Oh, nobles cosas idas! La brumosa
noche enluta las almas. Dios reposa
encima, más allá de las montañas.

Y aquí do el lustre del valor latino
juntó su timbre a la inmortal creencia,
porque heroísmo y fe sólo un camino
tuvieron, porque no encontró el destino
más nombre que el de sabia Providencia;

¡cómo, torcido el rumbo de la historia,
se camina al azar y el miedo traza
las nuevas sendas de menguada gloria,
para perder el nombre y la memoria
de nuestros padres y de nuestra raza!

Mas, Señor, esta gente que al reclamo
de tu amor, se congrega a tu martirio,
que te dice con lágrimas—yo te amo—;
te da de espigas el humilde ramo,
en que se enreda el inocente lirio.

Símbolos de tu vida y de tu empresa:
la rubia espiga para el Pan celeste,
el blanco Pan de la Divina Mesa;
y el lirio inmaculado, que en tu huesa
dará su aroma en la sagrada veste.

¿Cuándo será que tornen al aprisco
los extraviados, los perdidos? ¿Cuándo,
del agrio monte, del pelado risco
oveja indócil, corderillo arisco,
otra vez al Pastor vendrán, balando?

¡Si lucirá cual súbita centella
en la lejana costa del levante,
la altura presidiendo, limpia y bella,
del Príncipe Jesús la nueva estrella,
¡ay! cuanto más ansiada más distantel...

¡Si pensiles de rosas ya la aurora
abriese al fin sobre Salem dormida,
y trajese al Señor para el que llora,
para el que al Cielo la bonanza implora,
el reino de la Tierra prometida!

Donde la paz, por la conciencia, impere
y el altar tenga espiritual primicia,
pues que la fe renace y nunca muere;
donde el amor por la promesa espere
y reine para todos la justicia...

BIBLIOTECA NACIONAL

Hasta que llegue la soñada fiesta
y se animen los áridos despojos,
sobre el que antes te amó y hoy te denuesta,
el dulce don de la plegaria apresta,
riega sobre él el llanto de tus ojos.

Y pues que el mundo al vértigo se lanza
en mil cerradas huestes enemigas,
de la clemente Providencia alcanza
para él la redención de la esperanza,
y hasta el postrer instante le bendigas.

Y ruega que la luz de otras edades
traiga la paz de la justicia hermana.
Se abra el surco en las mustias soledades,
y en el cielo de negras tempestades,
al fin la alondra anuncie la mañana.

Cante luego en el hueco de la peña;
y en uno y otro espléndido hemisferio,
la Primavera del amor risueña
vista de flor las dunas y la breña
¡y sea de Jesús el blando imperio!

¿Es de un ensueño vanidad? ¡Hermoso
anhelar de una edad agonizante,
ansia del luchador por el reposo,
astro de paz, tras duelo tormentoso,
¡ay, cuanto más ansiado más distante!

¡Que en esta amada tierra, por lo menos,
aunque esta fiel generación sucumba;
para otros más felices y más buenos—
luzcas, y en días de quietud, serenos,
cubras de flor nuestra olvidada tumba!

A M. M. PALACIOS

En su primera misa

¡Feliz! pues vas a la esperada cita
en el jardín en flor de las ternuras,
para la casta sed—fuente bendita,
para el hambre de amor—castas dulzuras.

En tu dicha, no olvides al que grita
por una gota de agua, en las oscuras
prisiones del dolor: alma proscrita,
una migaja pide a tus harturas.

Cuando en tus labios el panal destile
rubio licor, de la perdida oveja
recuerda, en tu banquete regalado.

Ella soy. A Jesús mis cuitas dile,
y una gota de llanto por mí deja
en la gruta de amor de su costado.

A MONSEÑOR LATORRE
en el aniversario de su Primera Misa

¡Oh feliz alborada
de indeficiente luz, rica de encantos,
cuando desde la nada de su nada,
subió un mortal al Santo de los Santos!

Vestido de albo lino,
do el oro esmalta la radiante gema,
al tálamo divino
llegó temblando, en emoción suprema.

Fué ayer... ¡Cuántas delicias
las del Amado en el abrazo estrecho,
y pagar con caricias,
la cabeza al sentir sobre su pecho!

Y recibir el signo
de paz para la senda, y el cayado
del pastor de almas, digno
de Quien le dió su beso perfumado...

* * *

Fué ayer... la dicha pasa
un instante: que embriaga su dulzura,
y la vida es escasa
medida, a plenitudes de ventura.

dg

Es la hora vespéral, pálida hora,
lejos queda el prodigio de aquel día.
El sol la pampa dora:
¡no el sol de la perdida lejanía!

Hoy el recuerdo triste
de la dicha de ayer penumbras deja.
Trémulo el paso adelantar resiste,
ante el dulce pasado que se aleja,

Pastor y padre, llora
de los perdidos años el tesoro.
No volverá la aurora:
vendrá la tarde en el final decoro.

Y la fiesta de bodas
es memoria de lágrimas. Contigo,
las ovejillas todas,
plañiendo, se congregan, a tu abrigo,

para clamar al cielo
que largamente vivas, floreciente,
para guiar, en ruta de consuelo,
tu fiel rebaño a la Divina Fuente.

¡Que cubra tu cabeza
la nieve de la cumbre, y a la cumbre
espiritual, se eleva tu grandeza,
para visión de la celeste lumbre!

Y al fin, transfigurado,
de santidad en nimbo de victoria,
nos lleve como cetro tu cayado
a la paz y a su gloria.

AL OBISPO DE COLONIA

Santiago Costamagna

El pastor, por los mares, de lejos, ha venido
a la floresta virgen, a hallar en la floresta
la oveja, que en las zarzas del mal se hubo perdido,
por cuya ansiada vuelta habrá en los cielos fiesta.

La requirió con cantos, la requirió el silbido
de su amor. Surcó el río y la pampa y la cuesta.
En la intrincada selva por fin la ha sorprendido;
en sus brazos la sube y en ellos la recuesta.

El pastor trajo encanto de gracia y de dulzura.
Da a la oveja encontrada la miel de la ternura
y las delgadas aguas de sus castos amores.

En la floresta hechiza su blando caramillo.
Ciñe su frente nimbo de majestuoso brillo;
su cayado de apóstol ha reventado en flores.

A BENEDICTO XV

En el rencor de infierno de la guerra,
cuando arde en llama y convulsión la tierra,
Padre de los creyentes, conductor de las almas,
a los cielos elevas las angustiadas palmas,

¡Piedad! clamando en la feroz contienda
a la vencida humanidad sin senda,
que, en titánica lucha de estériles hazañas,
anégame en la sangre de las propias entrañas.

El diluvio de sangre, sobre él flota,
Piloto santo, tu barquilla rota,
donde el lirio agoniza de tu pálida faz;

y al ir a Dios tu espíritu doliente,
surge, con el fulgor amaneciente,
del cielo en los jardines, el iris de la paz.

EXVOTO

En la tumba de D. Juan Bosco

Desde esta tierra a donde
tus hijos llegan en resuelto bando—
a un reclamo de amor—mi voz responde,
como siempre, cantando.

Yo que lloré tu ausencia,
cuando a la luz de ocaso,
tu vida se quebró, como áureo vaso
lleno de rica esencia;
Padre, cumpliré el voto
de mi alma para ti... ¡Traigo qué ofrenda...
Por injuria del hombre, el pecho roto,
y la frente con cieno de la senda!

¿Cómo la aceptarás? Ella es tan pobre,
ofrenda de la pena,
por el llanto salobre,
copa de hiel hasta los bordes llena.

Pero fuiste tan bueno,
y eres consolador... Sobre tu seno
reclino mi ansiedad... A la memoria
venga, en ritmo sereno,
en oro escrito, el libro de tu historia.

¿Quién no admiró la infancia,
perpetua infancia tuya, la dulzura
de la mística lengua y la fragancia
de la cordial ternura?

La sonrisa bullía
en tu rostro de niño. Parecía
que tus labios con dulces languideces,
moviendo un ser oculto, noche y día, *a*
rimaba hosannas, cánticos y preces.

La estancia humilde con divinas flores
inebriaba el ambiente.
Tu voz tenía trino de paloma
y murmurio de fuente,
que esconde solitaria
las perlas del caudal bajo la yerba,
y en fatiga diaria
próvida corre y su rumor enerva.

En jornada tranquila,
tu vida sin mancilla declinaba
hacia el instante en que la luz se asila
en el final poniente, y todo acaba.

No gárrula alabanza
lanzó tu nombre en la caterva inculta.
Hizo amorosa alianza
con el silencio tu virtud oculta,
que huyó por la radiosa lontananza.

A la puerta asomado,
a los niños abrías el cestillo
de tu gracia colmado,

y jugabas, sencillo,
con ellos que bullían a tu lado.

Apóstol de la nueva
de amor, blandas tus leyes,
sendero el tuyo que a la cumbre lleva,
tu cetro, más que el cetro de los reyes.

Aquí está el pobrecillo que solía
pedirte una limosna de consuelo,
el que en el caso adverso requería
tu oración — nuncio de piedad del Cielo.

Al lucir de tu muerte la mañana,
contemplaste al confín del horizonte,
que arribaba a la tierra ecuatoriana
una familia tuya, que lozana
ascendía de un monte hacia otro monte.

Por esos buenos hijos, los que enviaste
a la alta cordillera,
por esa nueva tienda que plantaste
en la ínclita ciudad do el sol impera;
acuérdate de mí. Ya no resiste
el cuerpo a la dolencia. Da a mi herida
el bálsamo que cura. . . Estoy tan triste.
Quiero el valor con que acabar supiste
y la paz—aire y lumbre de la vida.

Y yo te doy tan poco:
estos acordes de arpa, pues no entiendo
sino plegarias cuando al Cielo invoco,
y cantar y cantar solo gimiendo.

Mas espero de ti, de mi arpa espero.
Pongo mi arpa a tus pies. Oye el sincero
clamor de su rudeza.
Y sabes, padre mío, lo que quiero:
la paz de mi tristeza.

No fama que corrompe,
la corriente enturbiando de las horas.
Mas no la afrenta de dolor que rompe
el pecho en ansiedades matadoras.

Quiero en la ruta medurado el paso,
virtud callada, amor—no del sentido,
para mi gloria, si ella existe, ocaso,
y a tu sombra, la noche del olvido.

a



A MONSEÑOR POLIT

En sus áureas bodas

¡Qué distantes la aurora y los abriles
de esa edad, cuando, en deliciosa fiesta,
deshojaste las flores juveniles—
las de la intimidad de tu floresta!

Y rosas hay aún en tus pensiles,
del sol final en la serena puesta.
Los místicos amores, los gentiles,
persisten en la tarde de la siesta,

en que te da el Amado la frescura
de su retiro, el pan de su panera
y púrpura y licor de sus heridas,

para embriaguez de amor y de ternura:
preludio de la dicha que te espera
en la patria y la tierra prometidas...

FLOR DE SANTIDAD

En la beatificación de Beatriz de Silva

¡Gloria a la doncella bienaventurada
que, ha siglos, fué al cielo, dejando un jardín
de palomas blancas y azules—nidada
para las ternuras que no tienen fin!

Su virtud humilde se marchó de huída --
esquiva a las auras, esquiva a la luz.
Escondió el destello de albor de su vida,
y de su sepulcro se abrazó a la cruz.

Mas la estación llega, ya el tiempo es venido:
la paloma arrulla desde el palomar;
Sol de primavera la nieve ha fundido...
Son las dulces bodas... Son las del altar...

El esposo llega, porque Ella le espera;
El a su aureola trae el arrebol,
el nardo le trae de su cabellera,
sobre Ella derrama su luz como el sol.

Fué hondo su silencio, fué largo su sueño...
Pero aroma el lirio de su castidad,
su obediencia reina, su pobreza es dueño
ya de los tesoros de la santidad.

Perfume el incienso de los pebeteros,
perfumen las auras de Mayo y Abril;
el cielo se encienda para Ella en luceros,
suspiren para Ella liras de marfil.

¡A la esposa gloria, gloria a la doncella,
la que en sus jardines, en su palomar,
tras siglos de olvido, su nimbo destella—
con una alborada de oro—en el altar!

DOLOR DE MADRE

A la Dolorosa del Colegio.

Las trémulas corolas
de tus párpados pliegas.
¿Por qué los pliegas, Madre? ¿Para esconder la
[lumbre
de tus ojos de cielo? ¿Para llorar a solas?
¿Y en lágrimas te anegas,
llorando adentro, adentro, tu inmensa pesadumbre?

¡Ay, por tus hijos lloras! Por ellos tu gemido.
Ellos, de tu nidada las palomas queridas,
mañana desbandadas del palomar y el nido,
irán por los atajos y las sendas perdidas.

¡Madre de los Dolores! Estos ¡ay! tus dolores
por los niños, capullos del celeste jardín,
que, al reventar en flores,
teñirán su blancura de impúdico carmín.
Los hijos de tu Hijo, hijos de tu ternura,
los lirios juveniles,
entregarán los pétalos del viento a la locura,
y roerá el Maligno los púdicos pensiles.

Las corolas deshojas
de la dulce mirada,

a mirar a tus hijos. Por ellos tus congojas,
por ellos atraviesa tu corazón la espada.

La Madre dolorida
de nuestras amarguras la dulce veladora,
cuando hables con tus ojos, blanda y compadecida,
tu silencio nos llora.

Que cubras, Madre santa,
de los niños la frente con cendal de pureza,
cadencia de tu arpegio desata en su garganta,
y en sus ojos enciendas fulgor de tu belleza,
para otra edad dorada
de flores y de aromas,
en que, para el hechizo de amor de tu mirada,
el palomar recobren las perdidas palomas.

EL MAESTRO SANTO

*Para el Hno. Miguel
de las EE. CC.*

¡Niños, el himno alterno
brote en piadoso coro,
y hasta el Empíreo eterno
llegue su eco sonoro,
como el clamor unísono
de la infantil edad.

¡Gloria al que hacerse supo
sencillo como infante,
al que en herencia cupo
la niñez, al que amante,
la guía a los alcázares
del bien, gloria inmortal!

¡Luvia que generosa
los cármenes embriaga,
sombra con que reposa
el que en la senda vaga:
madre tú de los huérfanos,
amor del sin amor.

Despiertas a la ciencia
las juveniles mentes,

de la santa creencia
derramas las simientes,
que a perfumar despliéganse
por tu jardín en flor.

A los nidos acudes—
calor de los polluelos—
tú sus alas sacudes,
ensayas tú sus vuelos.
Irán, más tarde, intrépidos,
por el espacio azul.

Cual niños los querubes
te cercan, mientras huella
tu pie las blancas nubes,
y en tu frente destella
la santidad relámpagos
de sempiterna luz.

¡Padre! ¡qué bendiciones
los que el mundo te envía!
¡Qué acordes, notas, sonos
la música porfía,
cuántas flores derrámanse
por ti, sobre el altar!

¡Niños, arrullo tierno
brote de amor en coro,
y a lo alto y a lo eterno
llegue el eco sonoro
del balbucir en cántico
de la primera edad!

DIOS Y PATRIA

A Julio Matovelle.

I

PRO ARIS

Altar, cumbre del mundo,
de las almas calor, luz de misterio,
de pueblos y ciudad germen fecundo,
cuna de la familia y del imperio.

¿Quién volcará sus piedras de diamante,
si las rabiosas olas de la historia
en él quebraron su ímpetu arrogante,
sin dejar de sus iras la memoria?

Ved a la grande Roma pecadora...
El viejo Capitolio ya desierto
sintió alzarse la cruz conquistadora
en las cenizas del Olimpo muerto.

Arrasad la ciudad, plegad las tiendas
de aventurera tribu. Los altares,
sobre el polvo de innúmeras contiendas,
alcen las sacras piedras seculares.

Y los siglos arrojen a la planta
del Señor—como el río en las orillas,

algas y cieno— ante su imagen santa,
de los naufragios las deshechas quillas.

Y a mí—bardo infeliz—quitadme el canto
y el arpa, de mis noches compañera;
nunca el santuario, en que regué mi llanto,
y fué el amor de mi ilusión primera.

Si contra Dios se atreve airada mano,
combatiente seré de lid sagrada.
Eres arma de empuje soberano;
y—por Dios—vencerás, arpa y espada...

II

PATRIA MIA

El golfo que en las selvas soberbio se dilata,
y encima de las selvas la nívea majestad
del Chimborazo, trono de reluciente plata,
columna que sustenta la azul inmensidad.

Las playas do se aduermen sin susurrar las ondas,
en aroma embriagadas de rosa y de jazmín,
junto a límpidas aguas multicolores frondas,
que besa y acaricia la brisa del jardín.

Eterna la verdura, los bosques seculares,
el suelo en generosa, febril fecundación,
índices arrogantes del bosque los palmares:
tierra, oh hermosa tierra, del mundo corazón!

El murallón andino de las cumbres serenas,
que el *globo equilibrando*, se encumbra colosal,

las aristas de hielo, las dentadas almenas,
donde el iris despliega la bandera triunfal.

Al pie de estas gigantes, sublimes cordilleras,
cien nidos de paloma, del llano en el vergel,
el manto verde y oro de mieses y praderas,
do a la gloria florecen el mirto y el laurel.

Y allá en el fondo oscuro del saucedal espeso,
cual cestilla de mimbre, como pensil en flor,
dormida de los céfiros al codiciado beso,
la villa de mis sueños, la casa de mi amor.

¡Tierra gentil y hermosa de iluminadas cumbres,
inmensidad marina, celeste inmensidad,
do las nubes florecen arreboladas lumbres;
patria—vida del alma, del corazón mitad!

Al servidor del ritmo no deis el fausto, el oro;
no en gallardo palenque laurel de vencedor.
Quitadle sus victorias, robadle su decoro:
inunca el ara y el nido donde ocultó su amor!

III

EL DIOS DE LA PATRIA

¡El Dios, el Rey de nuestros padres viva!
Su sacra imagen en los aires vaga,
y a la filial mirada no se esquivada.
Es luz humilde aquí su gloria altiva,
entre los suyos su esplendor apaga.

¡Hermoso Dios por el amor vencido,
el blando, el dulce, el de la abierta herida!

Es su voz como el eco de un quejido;
su mirar, rayo del azul vertido;
su aliento, brisa en lirios adormida.

El nos mostró de su jardín la entrada,
la entrada al corazón ensangrentado.
Allí la fresca sombra, la anhelada
quietud, la noche casta, la alborada
y el néctar a los ángeles vedado. oro

Trisca en la hierba el manso Corderillo,
el Dios del campo, el Dios de las cabañas...
¡Perdonadle! el amor le hizo sencillo.
No le pidáis de la realeza el brillo:
sólo quedó el amor en sus entrañas. a

El tiene aquí su campesina fiesta,
y va de una colina a otra colina.
En la gruta de amor la cita apresta;
y llama a los amados a la siesta,
bajo el follaje de la selva andina. a

El que anduvo en las vegas y en las lomas
do se cuaja el almíbar del racimo,
el que, en medio de místicas palomas,
iba esparciendo cánticos y aromas
de la palabra con el fruto opimo;

el que vagó al rumor del Tiberiades,
del cielo derramando la semilla
en el surco inmortal de las edades,
y allí fué claridad de claridades
y del siglo y los siglos maravilla.

En esta tierra agreste cual ninguna,
aparece en las cumbres eminentes,

al fulgor de la antorcha de la luna;
con los tristes comparte la fortuna
y es el Santo, el Amado de las gentes...

Dios de la soledad, entre pastores,
tu ara se enciende y el rescoldo quèda;
huyes de la ciudad a los alcores,
y te aduermes en paz, a los rumores
de oculta fuente, en rústica arboleda.

Con los pobres te sientas a la mesa;
la humanidad tu huésped es, tu hermana;
y escondiendo el fulgor de tu belleza
al viejo mundo, aquí—pues te confiesa—
te asilas en la tierra ecuatorial.

Los ecos de la excelsa cordillera
que se quiebran en su áspera garganta—
notas de amor de lira en primavera—
de una esfera se encumbran a otra esfera:
la Patria a Dios el cántico levanta.

El sol, del cielo en la llanura inmensa,
vierte el raudal de arrebolada llama;
encendido el volcán a Dios inciensa;
y al dilatarse la humareda densa,
el cráter ruga y plegariando brama.

lindo

Selva perénne, gigantescos mares,
montes y playas de contrarias zonas—
del orbe plenitud—son los altares
que alzan, bajo los campos estelares,
el Ande colosal y el Amazonas...

¡Oh tierra virgen por el sol amada,
sede de redención, patria futura,

sacra montaña, del Edén entrada,
piedra del sacrificio inmaculada,
mansión de paz, encanto de hermosura!

La vetusta ciudad hundida quede.
Tornó su faz el sol a este hemisferio.
Dios lo quiere y lo manda. ¡Dios lo puede!
El antiguo poder su gloria cede
de nueva gente al perdurable imperio.

¡El Dios, el Rey de nuestros padres viva!
Habita en nuestra playa, en nuestra sierra,
El a nuestras caricias no se esquivá,
apaga aquí la luz su gloria altiva:
nuestra tierra de paz es ya su tierra.

IV

ANATEMA

Hora, patria infeliz, en la tortura
gimes también de agitación temprana.
Mas no importa: que ciñes la armadura—
la de las luchas en la edad futura—;
y si hoy te abaten, vencerás mañana.

En tus entrañas la ponzoña vierte
el mal. Torciendo el rumbo a tu destino,
tu faz llorosa al Cielo se convierte.
Ignara multitud pide tu muerté,
te pisan como al polvo del camino.

La paz—hija del cielo—aquí extranjera
tornó a la altura. En rencorosa lidia,
se escucha el anatema «¡muera, muera!»

La virtud huye, la soberbia impera,
el odio ruge, acecha la perfidia.

perfe

¡Turba venal, del cieno habitadora—
de tu ira y tu codicia yo testigo—
a la Deidad augusta y vengadora
para ti fuego mi oración implora;
y en el nombre del Cielo, te maldigo!

no

Y si ladrando, muchedumbre esclava,
lanzas la imprecación; el que Es y Vive—
el Dios que tus delitos perdonaba—
pues para ti su mansedumbre acaba,
sobre tu frente el anatema escribe.

Y la viril estrofa que ferviente
ensayó la canción de lo infinito,
en ritmo y nota de furor rugiente,
estallará para abatir tu frente,
con voz de trueno y mole de granito.

V

EL VOTO NACIONAL

De nuestro Dios y Rey, el templo ¿cuándo
coronará la pintoresca cumbre,
donde, irisadas olas derramando,
el sol agote el foco de su lumbre?

¡Oh Divina Piedad! ¿Surgirá al cielo
la cúpula del tiempo triunfadora,
que cubrirá con misterioso velo,
el arca de los pueblos redentora?

La nación ¡cuándo, en inmortal jornada,
imbre de fama, secular ejemplo,
Dios alzando espléndida morada,
tus tiendas plantará junto a su templo?

De candor y humildad sencillas flores
perfumarán el atrio y el santuario;
en la explosión de célicos fulgores,
a montaña de amor será el Calvario.

El amor de los cielos, en raudales,
negará las almas, inexhausto;
al son de sistro y címbalo inmortales,
erá, en solemne culto, el holocausto.

Puras las manos, nos dará el levita
el vino de salud, el pan nutricio,
la Hostia de amor—la víctima bendita—
el purpúreo licor del sacrificio.

Y aquel astro de amor, la Hostia divina—
antorcha de campiñas y ciudades—
erá alegría en la planicie andina
del bosque en las vastas soledades.

De nuestro Dios y Padre el templo luego
tus flechas lance en la graciosa cumbre.
¿allí del Corazón el sacro fuego,
el pabellón del iris en la lumbre...

VI

COMBATIR Y VENCER

Hoy cuando los soberbios vencedores
alardean la preza de su victoria,
al adorado Dios de sus mayores
adore, con ofrendas y loores,
el escogido pueblo—ésa su gloria.

Omnipotente Dios, el centinela—
del Chimborazo en la gigante barda—
cual lidiador en sus almenas vela,
cela nuestra virtud, nuestra fe cela—
vigilante tenaz, señor y guarda.

Fuimos vencidos, sí... Mas la esperanza
con la creencia vive. Aquí las tumbas
de cien héroes nos dicen que la alianza
nuestra es con Dios. Por Él nuestra venganza
aguarda en las inermes catacumbas.

La libertad... Su excelsitud es nuestra.
Vive en la hoguera, alienta en el delirio
del éxtasis, y gana la palestra.
Los siglos avasalla con su diestra
y perdura en la sangre del martirio.

Torne otra vez la lid de la creencia,
la cruz sea también cetro y espada,
broquel, escudo y yelmo la conciencia;
y fulmine divina Omnipotencia
en la turba contra ella rebelada.



Nuestra la gloria de la edad futura
y nuestras del futuro las legiones.
¿Qué importa al fin esta derrota oscura,
si otro sol ya en el límite fulgura,
y nuevo ardor en nuestros corazones?

En vano el vencedor, en frágil trono,
gloria demanda. . . Por la abierta brecha,
se abrirá paso nuestro noble encono.
Sabe él que, mientras duerme en su abandono,
en nuestras tiendas el triunfo acecha.

¡Oh patria ecuatoriana, la primera
serás del porvenir en las batallas!
Alta la frente y alta la bandera,
apresta tus legiones altanera
y lánzate soberbia a las murallas.

Vencedora, verás tu nombre escrito
en los áureos trofeos del santuario,
cuando huya hacia las sombras el delito,
y vuelva al viejo culto el bien proscrito,
al levantarse el astro del Calvario. . .

Y cuando acabe la mortal escena,
y al polvo torne la progenie humana,
si el orbe, bajo la extensión serena,
es un desierto de infecunda arena,
si en vano se alza el sol con la mañana;

un ángel venga del remoto cielo,
traiga la cruz al Chimborazo cano,
la plante en él, y al retornar el vuelo
a lo alto, clame—en bendición—al suelo:
¡Paz en la tumba del linaje humano!

HIMNO AL SAGRADO CORAZON

¡Gloria al Dios de la patria—el Dios Hombre
que en su sangre ha teñido el altar!

¡Gloria al Dios de la patria! a su nombre
tiemblen ciclos y tierras y mar.

¡Dulce Dios en las aras rendido!
El amor sus entrañas rasgó.
Se extinguió su amoroso balido,
en las aras de paz se durmió.

El ha puesto su trono en la cumbre,
su perdón con nosotros está.
A su sombra, a su hechizo, a su lumbre,
nuestra patria gloriosa será.

Nos ha dado su sangre y su vino,
el nos dió su gentil Corazón.
Al ardor de su encanto divino,
entonemos la sacra canción:

¡Gloria al Dios de la patria—el Dios Hombre
que en su sangre ha teñido el altar!

¡Gloria al Dios de la patria! a su nombre
tiemble el cielo, la tierra y el mar.

LIBERTAD

*Ubi spiritus Domini,
ibi libertas.*

San Pablo.

Yo, último de los seres, un gusano
que el polvo muerde, que brotó del cieno
y reclama la nada, ¿intento en vano
tender arriba el vuelo soberano,
a la región incógnita del trueno?

¿Iré al fin, como piedra que lanzada
de lo alto, cae al fondo del abismo?
¿Mi paso está medido en la jornada,
y siento las tinieblas de la nada
encima, en torno, adentro de mí mismo?...

¡No! que al fondo de mi alma se rebela
algo que surge, agítase y se encumbra:
resplandor que amanece, ala que vuela,
savia que alienta, exaltación que anhela,
ardor que impulsa, espíritu que alumbra!

¡Libre soy! El altivo pensamiento
puede ganar la cúspide eminente.
La libertad, como invencible aliento,
me empuja hacia lejano firmamento,
y puede al mismo sol mirar de frente.

Alas tiene mi mente generosa
para llegar al fin de la grandeza,
a la divina fuente luminosa,
donde el misterio de la luz reposa
tras el tenue cendal de la belleza.

¡Señor, lo sabes Tú! Tú que gigante
alma me diste y armadura fuerte,
para en la recia lid ir adelante,
y coronar mi frente triunfante,
insensible a la cita de la muerte!

Si aprisionáis a este hijo de la altura,
del sol de Dios un rayo mensajero,
atravesando la prisión oscura,
que el alma es inmortal y libre y pura,
dirá al encadenado prisionero.

Y aunque el odio me hiera, aunque la afrenta
el dogal eche a mi garganta, y vibre
sobre mí sus centellas la tormenta,
mientras la luz de Dios en mi alma alienta,
redimido seré, porque soy libre.

¿César es libre, porque a mansas greyes
rige, desde la cumbre de su trono,
y oráculo es su voz para los reyes,
su diestra eleva en alto — ¡y son las leyes! —
y es gracia su rencor, piedad su encono?

¿Es libre acaso el siervo de la plebe
de mente frágil y robustos hombros,
que se despierta, agítase y se mueve,
y su furor no a gobernar se atreve,
y deja en pos de sí polvo y escombros?

Vírgenes puras, niñas inocentes,
levita angelical, almas sencillas,
madres heroicas, hijos obedientes:
sólo vosotros levantad las frentes,
porque dobláis humildes las rodillas.

Que es libre sólo el que a su Dios adora
y nuestra libertad, otra conciencia,
la que en su invalidez al Cielo implora,
y en todos los combates vencedora,
es al vencer también omnipotencia.

¡Libre y feliz el que su vida llena
con un rayo de sol, y al yugo inclina
del Alto imperio el alma, y se condena
a estrechez, por vivir en la serena
quietud espiritual, que es la divina!

¡Oh libertad del alma, la que el nido
pusiste bajo místicos alares,
y blandamente riges el sentido;
buscas al fin la paz—la del olvido—,
lámpara solitaria en los altares!

Surges de las cenizas, aunque muera
el hombre; y en el místico delirio,
llegas hasta la cumbre—la primera;
alientas en las llamas de la hoguera,
palpitas en la sangre del martirio.

¡Libertad! la soñada, la querida,
en el tumulto universal o a solas,
seas la confidente de mi vida;
en las borrascas, salvadora egida,
brújula, en el capricho de las olas.

Y cuando se abre al límite postrero
la última escena, por tu audacia fuerte,
mi espíritu—tu amante y compañero—
saltando a la otra orilla, el postrimero
combate lidie; ¡y vencerá a la muerte!

EL SALMO DEL TRABAJO

VITA ET LABOR

Viriliter agite.

Con brío y gentileza
sea el esfuerzo del linaje humano;
y sea la nobleza
encumbrar la cabeza,
regir el paso y adiestrar la mano.

De la cordial arteria
al ritmo, convertid, fuertes y bravos,
en polvo la materia.
De la común miseria
libertad de la estirpe a los esclavos.

No en menguado reposo—
en la aljaba dormidas las saetas—
en ocio vergonzoso,
gastéis el generoso
raudal de sangre, intrépidos atletas.

Y jamás, en la orgía,
durmáis del bruto indiferente sueño.
Al despertar el día,
despierte la osadía
del hombre—rey, libertador y dueño.

570

No, mísero desecho
de la creación, el ánimo doblegues.
Abroquelado el pecho,
no en molicie del lecho—
titán y dios— a descansar te entregues. *oro*

A los pacientes bueyes
encadene del yugo al cetro blando,
sin opresión ni leyes,
con majestad de reyes,
de los labriegos el robusto bando.

De la labor fecunda
el obrero jamás el curso trunque:
la reja en surcos hunda,
la dura masa funda,
y el hierro ablande, al restallar del yunque.

Y dé cárcel de arcilla
al hirviente metal que se rezuma;
y surjan una y otra maravilla:
el arado, la quilla,
rueda, palanca y riel, aguja y pluma.

Y con secreta maña—
hormiga que en los antros se sepulta—
horade la montaña,
sorprendiendo en su entraña,
con ojo artero, el oro que se oculta. *oro*

Al sustentarte, gima
el eje de esta turbulenta estrella.
Tu firme planta imprima,
en el valle, en la cima,
surco de esfuerzo y de campeón la huella.

El pez en el oceano,
la águila audaz en insistente vuelo,
en la charca el gusano,
y la bestia en el llano:
todo se agita en fecundante anhelo.

Y Dios, desde la eterna
mansión, el universo sustentando,
almas y astros gobierna,
en sucesión alterna,
con su mirada el orbe iluminando.

En la amplitud serena,
esparce las estrellas a millares
el Sembrador, que llena,
en perennal faena,
del infinito los inmensos mares.

Como una hoja suspende
el mundo, la extensión ilimitada
cual pabellón extiende,
del sol la hoguera enciende,
del pozo del abismo abre la entrada.

Y al vértigo lanzado
el universo—al ímpetu divino—
como hipogrifo alado,
se lanza, arrebatado
en las alas de amor del torbellino...

¡Átiva estirpe humana—
en audacia del genio y de la idea—
ve, vuela, avanza, ufana;
y, reina soberana,
labora y rige, resplandece y crea!...

¡Con majestad resuene,
en tierra y mar, en cumbre y valle, bajo
el sol de Dios, y atruene
los ámbitos y llene
la plenitud, el himno del trabajo!

INDICE

PÁGS.

Algo acerca de poesía religiosa V

PRIMERA PARTE

La oración del campo.....	3
Más arriba, más allá.....	9
Anochecer.....	13
La ermita de los Andes.....	15
La Virgen de la escuela.....	19
Belén.....	23
En marcha.....	25
Pascua de sangre.....	29
El libro santo.....	33
Milagro.....	35
El Pan Nuestro.....	37
El Dios de la soledad.....	39
Cruces.....	41
La cruz del indio.....	43
Salmo de piedad al mundo.....	45
El ángel de mi ciudad.....	47
El ángel mío.....	49
Angeles hermanos.....	51
Caridad.....	55

SEGUNDA PARTE

Mirando el cielo.....	63
Sueño de un sueño.....	65
Nupcias eternas.....	67

	<u>PÁGS.</u>
Hielo del alma	69
San Francisco.....	71
Culto doliente	73
Del Cantar de los Cantares.....	75
Salmo de peregrinación.....	77
Salmo de alegría.....	79
Salmo de desolación.....	83
Salmo de humildad	87°
La conversión de San Pablo.....	89
De Profundis.....	91
Facies Christi: Hosanna.....	93
Primavera.....	94
Transfiguración.....	95
Getsemaní	96
Ecce Homo.....	97
Berenice	98
En la cruz	99
Muerto.....	100
Resurrección	101
Vuelve Jesús.....	102
La Ascensión	103
Ven, Jesús.....	104
¡Aleluya!	105
La comunión de la Virgen	107

TERCERA PARTE

Elegía de Mayo.....	111
Al pie del Calvario.....	115
Aniversario de duelo.....	119
A M. M. Palacios. En su Primera Misa.....	123

A Monseñor Latorre en el aniversario de su Primera Misa	125
Al Obispo de Colonia, Santiago Costamagna..	127
A Benedicto XV	129
Exvoto en la tumba de Don Juan Bosco.....	131
A Monseñor Pólit en sus áureas bodas.....	135
Flor de santidad. En la beatificación de Bea- triz de Silva	137
Dolor de madre	139
El maestro santo	141
Dios y Patria.....	143
Himno al Sagrado Corazón.....	153
Libertad.....	155
El Salmo del trabajo. Vita et Labor.....	159
Índice.....	163

